

COMEDIA FAMOSA.
**NO HAY COSA
 COMO CALLAR.**

DE DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA.

*Don Juan, galan.
 Don Diego, galan.
 Do. Luis, galan.
 Don Pedro, viejo.*

*Leonor, dama.
 Marcela, dama.
 Barzoque, gracioso.
 Enrique, criado.*

*Ines, criada.
 Juana, criada.
 Alvarez, escudero.
 Celio, criado.*

JORNADA PRIMERA.

Salen Don Juan con Habito de Santiago en la capa, y en venera, vestido de negro, y Barzoque de color.

Barz. Señor, qué melancolia,
 ó que suspension es esta
 con que te hallo? tu tienes
 acentimientos, ni tristezas?
 tu suspiras? Ahora digo,
 que hace bien el que se ausenta,
 que halla muchas novedades
 en pocos dias de ausencia:
 qué es esto, señor?

Juan. No sé,
 y la causa de mi pena
 es no saber quien la causa.

Barz. Pues como?

Juan. Desta manera:
 Despues que fuiste, Barzoque,
 á hacer unas diligencias,
 á que te envió mi padre,
 de cobranzas de su hacienda;
 tan trocado me hallarás,
 que de toda la soberbia
 con que de Venus y Amor
 traté los rayos y flechas,
 aun las ruinas no han quedado,
 porque postrada y deshecha,

de una y otra tirania
 solo en mi quedó por seña
 el padron que dice, así
 Amor, y Venus se vengan.
 Oyendo en San Jorge misa
 el pasado dia de fiesta,
 vi una muger; dixé mal,
 vi una deidad lisonjera,
 tan hermosa, que no hizo
 cosa la naturaleza
 en tantos estudios docta,
 sabia en tantas experiencias,
 con mas perfeccion: parece
 que quiso esmerarse en ella
 su inmenso poder, sacando
 del exemplar de su idea
 logrado todo el concepto,
 como en desengaño, ó muestra,
 de que ella mesma tal vez
 sabe excederse á sí mesma.
 Todas quantas hermosuras,
 ó nuestra vista celebra,
 ó nuestro gusto apetece,
 fueron borradores desta;

N/A 1089855
 N/A 1089855

No hay cosa como callar.

porque así como un ingenio cuidadoso se desvela, quando á publicas censuras dar algún estudio piensa, que hecho fiscal de sí mismo, un pliego rasga, otro quema; y mal contento de todo, esto borra, aquello emienda, hasta que ya satisfecho del cuidado que le cuesta, da el borrador al traslado, y da el traslado á la imprenta: la naturaleza así, viendo las varias bellezas que hasta entonces hizo, todas las emendó sabia y diestra, borrando desta el defecto, y la imperfeccion de aquella, hasta que en limpio sacó una hermosura tan bella, que mas, que todas, divina, y mas, que todas, perfecta, fue una impresion sin errata, y un traslado sin emienda.

Barz. Bastante hiperbole ha sido; pero aunque mas la encarezcas, hasta ahora no me has dado ninguna gana de verla.

Juan. Por qué?

Barz. Porque tu conmigo tienes en esta materia perdido el credito. *Juan.* Como?

Barz. Como en siendo cara nueva, siempre es superior, que en ti la mejor es la postrera.

Juan. Yo te confieso, que he sido tan señor de mis potencias, de mi alvedrio tan dueño, que no hay muger, que me deba cuidado de quatro dias, porque burlandome dellas, la que á mi me dura, mas, es la que menos me cuesta: pero no hay regla, *Barzoque,* tan general, que no tenga excepcion; y esta muger que digo, temo que sea desta regla la excepcion.

Barz. Dime ya quien es.

Juan. Aquella

es mi pena, que no pude saberlo. *Barz.* No la siguieras? no estaba yo aquí, que á fe, que al instante te traxera sabido, no solo el nombre, la calidad, y la hacienda, pero la fe del Bautismo.

Juan. No quedó por diligencia.

Barz. Pues por qué?

Juan. Por un acaso.

Barz. Y qué fue?

Juan. Yendo tras ella, con deseo de saber su casa, al tomar la vuelta que hace la calle del Prado, vi trabada una pendencia. Eran tres hombres á uno, que con brio, y con destreza de los tres se defendia; (si para tres hay defensa) no dudo que le matáran, aunque tan valiente era, si yo cumpliendo animoso de mi obligacion la deuda, no me pusiera á su lado; vióse socorrido apenas, quando con mayor esfuerzo los embistió, de manera, que dió con uno en el suelo, llegó gente, fuele fuerza retirarse, y yo con él, hasta dexarle en la Iglesia; de suerte, que por dar vida á otro, quedé yo sin ella, pues no seguí á la muger.

Barz. Y el caballero quien era?

Juan. Tampoco le conocí, que aunque dello me dió muestras de agradecido, al instante hice de la calle ausencia, por no hacerme yo en la herida complice.

Barz. Prevención cuerda; y volviendo á la muger, me he hólgado saber que sea principio de amor tan tibio la causa de su tristeza.

Juan. Por qué?

Barz. Porque tu sabrás divertirla; pues apenas

De Don Pedro Calderon de la Barca.

habrás visto otra, mañana,
quando no te acuerdes de esa.

Juan. Podrá ser, pero yo dudo
que haya cosa que divierta
afecto tan poderoso,
tan rigurosa violencia,
como ahora siento en el alma.

Barz. Sola una vez que se dexa
ver una hermosura, puede
enamorar con tal fuerza?

Juan. La muerte da un basilisco
de sola una vez que vea;
la vibora da la muerte
de sola una vez que muerda;
la espada quita la vida
de sola una vez que fiera,
y de una vez sola el rayo
mata, aun antes que se sienta.
Luego siendo basilisco
Amor, vibora sangrienta,
blanca espada, y vivo rayo,
bien puede dar muerte fiera
de sola una vez que mire,
de una vez que haga la presa,
de una vez que se desnude,
y de una vez que se encienda.

Barz. Y Marcela á todo esto
qué dice, señor? **Juan.** Marcela
es dama de cada dia,
ni entra, ni sale en la cuenta.
Todo es oso cortado,
dice un atagi, que tenga
una dama de respeto,
que sin estorbar, divierta;
y ésta se llame la fixa,
porque á todas horas sea
quien de las otras errantes
pague las impertinencias.

Barz. Bueno es eso, para estar
ella tan van, que piensa
que no hay hombre hoy en el mundo
mas enamorado. **Juan.** Esa
la mania es que ella lo piense,
y que á mi no me acontezca:
y porque mejor lo digas,
sabe, que como me es fuerza,
por haber sido soldado,
pues con el Duque de Lerma
á Italia pasé, y á Flandes,
ir á esta jornada, ella

muy dama, por hacer todas
las caravanas de ausencia,
esta venera me ha dado
para que memoria tenga,
y dentro un retrato suyo.

Barz. Dame para reir licencia.

Juan. Pues de qué te has de reir?

Barz. De que las Marcelas tengan
vanidad de retratadas:

qué dexa, señor, qué dexa
á una Infanta de Catay,
tratada casar en Persia?
Mas donde vamos ahora?

Juan. A hacer una diligencia
perdida, por ver si puedo
saber quien la dama sea.

Barz. Qual es?

Juan. Ir al puesto mismo
donde la vi la primera
vez, por si por dicha hoy,
que también es dia de fiesta,
vuelve á él, que yo no dudo,
que vive por aqui cerca.

Barz. De qué lo infieres?

Juan. De que
una muger como aquella,
á pie no fuera muy lejos.

Barz. Si en este barrio viviera,
donde vivimos nosotros,
no era fuerza conoceria?

Juan. No, que puede haber muy poca
que á él se haya mudado, fuera
de que aqui nada se sabe.

Barz. Dices bien, si consideras,
que en Madrid Partos y Medos
viven una casa mesma,
sin saber unos de otros.

Salen al paño por la puerta de mano izquierda **Marc.** *Ines.*

Marc. Tapate, porque no pueda
conocernos. **Ines.** No podrá,
aunque nos hable, y nos vea.

Marc. Es tal su divertimento
estos dias, que me fuerza
á seguirle, por saber
donde sale, y donde entra.

Ines. A la puerta de San Jorge
se ha parado. **Marc.** Pues en esta
de este portal nos entremos
nosotras. **Juan.** Barzoque, espera,

No hay cosa como callar.

no entres en la iglesia. *Barz.* Estoy yo excomulgado?

Ines. El se acerca: si nos conoció? *Marc.* No sé: ponte detras desta puerta, por si nos vió.

Juan. A este umbral nos paremos.

Barz. Pues qué intentas?

Juan. He visto, sino me engañan los delirios de mi idea, todo el sol cifrado á un rayo, y todo el cielo á una esfera: aquella que sale (ay cielos!) del templo ahora, es la mesma que vi; repetido el daño, no es posible que me mienta: y para que no repare alguien que vamos tras ella, dexandola antes pasar, es mejor que no nos vea.

Marc. Ines, oístele? *Ines.* Sí.

Marc. No fue vana mi sospecha.

Salen Leonor, dama, Juana, criada, y Alvarez, escudero.

Leon. Alvarez?

Alv. Señora? *Leon.* Haced traer la silla. *Alv.* Voy por ella.

Juana. Para ir á casa, has mandado, señora, estando tan cerca, traer silla? *Leon.* No voy á casa, Juana, ahora, que aunque sea contra el gusto de mi hermano tomarme aquesta licencia, á verle á su retraimiento voy, tu da á casa la vuelta.

Alv. Ya está aquí la silla.

Leon. Abridla.

Barz. En una silla se entra.

Leon. Amor y honor, qué quereis? dexadme, que ya estoy muerta; pues de mi amante, y mi hermano lloro á un tiempo dos ausencias.

Salen Don Juan al tablado, y las dos se van, y salen tras él Marcela, é Ines.

Juan. No es, Barzoque, mas hermosa, que yo supe encarecerla?

Barz. Las cosas que no me tañen, nunca me detengo en verlas;

dexeme ver la criada: vaya, ni es mala, ni buena, mediocre es.

Juan. Dicha he tenido.

Barz. Qué aguardas? vamos tras ella, no haya otra pendencia antes de saber su casa. *Juan.* Es fuerza, que iman de rayos, tras sí arrebatado me lleva, girasol de su hermosura.

Al irse á entrar, le detiene Marcela.

Marc. Pues vuesarced se detenga, que el girasol con la vista sola sigue la belleza del sol, pero no se mueve.

Juan. Vive el cielo, que es Marcela.

Barz. No lo dixé yo? peor es esto, que la pendencia.

Juan. Marcela, pues qué venida por estos barrios es esta?

Marc. Es venir á averiguar la causa de las tristezas destes dias, y hela hallado á precio de una experiencia.

Juan. Huelgome, porque hasta ahora yo no he sabido qual sea, y diciendomela tu, será mas facil vencerla.

Marc. Pues si no lo sabes, es, Don Juan, para que lo sepas, haber visto el sol cifrado á un rayo, el cielo á una esfera.

Barz. Muertos somos, si oyó aquello del retrato, y la venera.

Juan. Barzoque, mira si dixé yo bien: que seas tan necia, que no echés de ver, que habia conocidote, y que á esta puerta me puse á hablar eso, en venganza de que vengas siguiendo en aquese trage mis pasos?

Barz. Y por mas señas del haberos conocido, desde que entrasteis en esta calle, venisteis andando hasta aqui.

Marc. Hay tal desvergüenza? pues tu, picaro, tambien te burlas de mi? *Juan.* No seas

De Don Pedro Calderon de la Barca.

terrible, que por tu vida.

Marc. Dila tuya. *Juan.* No es la mesma? que te habia conocido.

Marc. No está mala la deshecha.

Juan. En tanto, Barzoque, que yo desenojo á Marcela, vé á ver si hallas aquel hombre que ha de aceptar esa letra.

Barz. Yo voy.

Marc. No quiero que vayas.

Juan. Importa la diligencia.

Marc. No le dexes ir, Ines.

Ines. Yo le tendré: infame, espera, y aquello de la mediocre, y no ser mala, ni buena la criada? *Barz.* Todo eso en la disculpa no entra? Por tu vida, que es la mia, asi en mal fuego la vea arder, que te conocí.

Marc. D. Juan aunque mas pretendas persuadirme, es imposible; yo sé bien, que las tibiezas destes dias han nacido de nueva pasion, que fuerza tu voluntad á que faltes á tantas nobles finezas como me debes. *Juan.* No sé que haya razones que puedan satisfacerte; y es cosa muy temeraria, que quieras hacer verdad tu mentira á costa de mi paciencia.

Marc. Qué es mi mentira verdad? si es la que miente tu lengua.

Juan. Mira que estás en la calle, no des voces, esas quejas suenan en casa mejor, véte por tu vida á ella, que yo voy tras ti. *Marc.* Si es despedirme con tal priesa, por ir siguiendo el iman, que arrebatado te lleva, véte, véte, que no quiero que imagines, ni que entiendas que he de sentir el desayre.

Barz. Cuidado con la venera, que este es paso de perderla.

Juan. Pues como tu no lo sientas, yo me iré, no porque tengo

que sentir, mas porque veas que no he de sentir el tuyo tampoco yo. *Marc.* Pues espera, que por si, ó por no, no quiero que por ahí te vayas. *Juan.* Suelta, Marcela. *Marc.* Ingrato.

Sale Don Pedro, viejo.

Ped. Don Juan?

Juan. Señor? *Ped.* Pídele licencia á esa dama, porque importa el que conmigo te vengas.

Marc. Ya, sin pedirla, la tienes; en tu vida no me veas, ni me hables: vamos, Ines, de rabia y zelos voy muerta. *Vas.*

Juan. Qué buena ocasion perdí!

Barz. Pues qué importa que se pierda, como no se haya perdido el oro de la venera?

Juan. Qué es, señor, lo que me mandas?

Ped. Aunque reñiste pudiera haberte hallado, Don Juan, sin recato, ni prudencia, hablando en la calle á voces; lo que te quiero, es, que sepas que ya el señor Almirante partió á Vizcaya, y es fuerza que salgas hoy de Madrid, y aun por la posta quisiera, porque en el sitio te halle, quando llegue su Excelencia: Lo que habia detenido tu partida, solo era esperar á que Barzoque viniese, ya está la letra socorrida, nada falta; y asi á toda diligencia es menester salir hoy, que no es justo, estando puesta pena de traider á quien, habiendo servido, dexa de salir, que comprehendido tu en el banto, te detengas ni un instante. *Juan.* Ya tu sabes quanto estoy á tu obediencia sujeto siempre; y aunque te parece que me encuentras mal divertido, una cosa son cortesanias licencias, y otra obligaciones justas.

Ped.

No hay cosa como callar.

Ped. Quanto estimo esa respuesta!
vénte; pues, conmigo donde
una cantidad me truecan
de dinero, porque tu
lo recibas; las maletas
puedes poner tu entretanto,
Barzoque. **Barz.** Voy á ponerlas.

Juan. Pues, si vas á casa, toma,
estos papeles te lleva,
que son los de mis servicios,
que por descuido ó pereza,
desde que fuí á registrarlos,
andan en la faldriquera,
y ponlos entre la ropa.

Barz. Harélo como lo ordenas.

Ped. Vén, Don Juan, porque á vestirme
luego de camino vueivas.

Juan. Ignorado amor, perdona,
si antes de saber quien seas,
me ausento de ti, que no
será tu olvido mi ausencia.

Salen Don Diego, y Enrique criado.

Enr. Si de esa manera das
lugar á tu pensamiento,
aunque quieras, no podrás
pararle, que el sentimiento
discurrido crece mas.

Dieg. El mas recibido error,
que hay en el mundo, en rigor,
ser ese consuelo suele,
que es decir á quien le duele,
que no piense en su dolor.
No es lo mas que yo he sentido,
pues suya la culpa fue,
el haber á un hombre herido,
ni que él de peligro esté,
estando yo retraido;
pues con ausentarme, hallado
estaba el medio al cuidado;
mi pena es mas inhumana
tener, Enrique, una hermana
moza, hermosa, y sin estado:
esta es toda mi pasion,
que no, Enrique, la ocasion,
que en este trance me ha puesto.

Enr. Yo espero en Dios, que muy presto
mejore tu confusion,
que ese hombre sanará,
con que muy facil será
las amistades hacer.

Dieg. Don Luis se ofreció á saber
que declaró, y como está:
mas como anda de partida,
lugar quizá no ha tenido,
con que mi pena atrevida
hoy me tiene suspendido
entre su muerte, y su vida.

Enr. Don Luis es tu amigo, espera
en su amistad verdadera,
que aunque de partida está,
con la respuesta vendrá.

Dieg. En esa sala de afuera
ruido siento; sal á ver,
Enrique, quien puede ser.

Enr. Ya serán intentos vanos,
que de una silla de manos
ha salido una muger
tapada, y entra hasta aquí.

Dieg. Qué es lo que mis ojos ven!
muger á buscarme á mi?

Sale Leonor.

Leon. Y muger que os quiere bien,

Dieg. Leonor, hermana, tu así
vienes? pues no te he rogado
en papeles, que he enviado,
que esta fineza no hicieses,
ni á verme, Leonor, vinieses?

Leon. Quando obedeció el cuidado,
y mas cuidado de amor?
y viniendo desta suerte,
qué importa? **Dieg.** Nada en rigor,
mas de poder alguien verte
en cas de un Embaxador;
y no sabiendo que he sido
yo el que á ver hayas venido.

Leon. De todo estoy avisada,
y en una silla, y tapada,
nadie me hab á conocido:
como estás?

Dieg. Como he de estar?
con mil cuidados, Leonor,
que tras sí trae un pesar.

Leon. Ya sucedió, ya es error
que en él me quieras hablar,
aunque vengo á hablar yo en él;
no fiando mi pasion
á un papel, porque el mas fiel
es, en efecto, un papel,
que habla sin alma, ni accion;
y así, á la voz se remita

De Don Pedro Calderon de la Barca.

lo que mi amor solicita:
una merced á pedirte
vengo, que no ha de salirte
muy de valde la visita.

Dieg. Pues qué me quieres?

Leon. He oído,
que ese hombre, que has herido
hoy muy de peligro está;
fuerza ausentarte será:
y así, lo que yo te pido,
es, que de toda mi hacienda
te socorras, ó se venda,
ó se abraze, porque no
te vea en una carcel yo:
y porque mejor se entienda
el fin de mi pensamiento,
es pedirte que te alejes,
con ser lo que yo mas siento;
y solamente me dexes
con que viva en un Convento.

Dieg. Sabe Dios, que no he tenido,
Leonor, cuidado mayor,
que tu en lo que ha sucedido;
pero oyendote, Leonor,
mi mayor consuelo has sido.
Mira tu donde estarás
mas á tu gusto, y mejor;
porque yo no quiero mas
hacienda, vida, ni honor,
que saber que quedarás
en un Convento sin mí,
ya que tan infeliz fui
en lo que me sucedió:
pero vive Dios, que no
lo pude excusar, pues vi,
que por muy leve porfia,
que jugando había tenido
con un hombre el mismo día,
siguiéndome había venido
con otros en compañía;
paréme, y quando llegaron,
tres las espadas sacaron;
saqué la mía: no sé,
como tal mi dicha fue,
Leonor, que no me mataron;
y no duño, que logrado
su intento hubieran, primero
que yo me hubiera librado,
si á este tiempo un caballero
no se pusiera á mi lado.

Jamas, hermana, sospecho
que vi igual valor: qué ayroso,
qué en sí, de sí satisfecho,
desempeñó generoso
la roxa insignia del pecho!
Yo quando me vi válido,
con aquel que había reñido
cerré sin ningun rezelo,
y dí con él en el suelo;
llegando, mas gente al ruido,
me entré en San Jorge, amparado
siempre de aquel caballero,
que nunca dexó mi lado,
hasta que dixo: no quiero,
pues vos estais ya en sagrado,
hacerme complice yo;
á Dios quedad, y salió
de la Iglesia: agradecido
al socorro recibido,
saber quise el nombre, y no
pude, porque llegó en esto
justicia; queriendo entrar,
cerraron las puertas presto:
y yo, por no me quedar
á alguna violencia expuesto,
no quise parar allí,
y así, á la noche salí,
y vine donde ahora estoy
con tantas desdichas hoy,
que *Enr. D. Luis* entra hasta aquí.
Vase Enrique, y sale D. Luis de camiso.
Dieg. Tapate, Leonor, la cara,
no te vea. *Luis.* Si pensára
hallaros entretenido;
tan necio é inadvertido,
antes de liamar, no entrára:
á daros cuenta venia
de lo que vos me mandais;
pero necedad sería
divertiros, quando estais
con tan buena compañía:
pesame de que no sé
si dar la vuelta podré,
que puesta á caballo ya
está la gente que va
conmigo; solo os diré,
que con el herido he estado,
y que está mucho mejor;
que el Escribano, obligado
de mi tambien, me ha enseñado

No hay cosa como callar.

la causa.

Sale Enrique.

Enr. El Embaxador mismo á la puerta llegó deste quarto, preguntando por ti. **Dieg.** Pues justo es que no vea muger aqui, quando tal merced me hace; así yo á ver que manda saldré á esotra pieza: no os vais, Don Luis amigo, sin que todo aquesto me digais.

Luis. Vamos los dos **Dieg.** Para qué? si él quiere hablarme, es error: aqui os estad. **Enr.** Ya él te espera.

Dieg. Agradecedme el favor: y de ninguna mansra tu te descubras, Leonor.

Vanse Enrique, y Don Diego.

Leon. A obedecer no me obligo el precepto que me dais: no hablais mas, que eso conmigo?

Luis. Nunca yo suelo hablar mas con la dama de mi amigo.

Leon. Es muy justo proceder, muy conforme á vuestra fama; pero hablad, legando á ver, que no solo soy su dama, pero no lo puedo ser. *Descubrese.*

Todo esto dice con priesa, y mirando adentro.

Luis. Señora, mi bien, Leonor, contigo sí, que mi amor tan digno es, como tu sabes; y es fuerza que mas le alabes de fino, que de traidor. Parecerá error primero guardar á su amor decoro, que á su honor, no solo infiero el fin con que yo te quiero, y la fe con que te adoro; pues no haber hasta ahora dado parte de nuestro deseo á Don Diego, lo ha causado, no ser dueño de un honrado mayorazgo que pleyteo; con que la disculpa es llana, pues si se atiende al defecto, no ha sido intencion villana el hablar con mas respecto

á su dama, que á su hermana.

Leon. Ya, en fia, de camino estás?

Juan. Sí, pues tu ocasion me das.

Leon. Acaso te he dicho yo, Don Luis, que te ausentes?

Luis. No; pero eso me obliga mas.

Leon. Como así?

Luis. Como mi amor, atento solo á quererte, se ha valido del honor, porque para merecerte, no hallo tercero mejor.

El es el que me ha mandado

que acuda á la obligacion

de caballero, y soldado,

que al fin, servicios de honrado,

meritos de amante son:

mal sin opinion pudiera

servirte yo. **Leon.** Dices bien;

pero yo, Don Luis, quisiera

que esa fineza tambien

menos á mi costa fuera,

y por no gastar en vano

este pequeno lugar;

pues aunque te estimo, es llano,

que en mi casa no has de entrar,

no estando en ella mi hermano.

Solo decirte es mi intento,

que tal fe mi pecho encierra,

que quando, al honor atento,

tu, Don Luis, vas á la guerra,

yo me quedo en un Convento.

Solo tu la causa has sido

con que á pedirlo he venido;

y puesto que á mi tristeza

tu debes esta fineza

mas, que al lance sucedido

á mi hermano en la pendencia,

de que el mismo amor es juez,

haya igual correspondencia,

vuelva siquiera una vez

por su opinion el ausencia.

Luis. Yo haré que el mundo repare

que hay ausencia, que se ampare

de olvido, en mi retraida;

pues Dios me quite la vida

el dia que te olvidáre.

Leon. La misma palabra dió mi fe; y si tan grande dicha

De Don Pedro Calderon de la Barca.

no la mereciere yo.

Luis. Qué? *Leon.* Será por mi desdicha, pero por mi culpa no.

Sale D. Dieg. Venia el Embaxador á decirme, que ha tenido un papel de un gran señor, que siempre ha favorecido mis fortunas su valor, en quien le dice quien soy, y como en su casa estoy, que me favorezca, y él, á su obligacion fiel, vino á ofrecerse hoy.

Esto es lo que me ha querido, decid vos, qué habeis sabido de mis desdichas? *Luis.* Hablé á un amigo, que lo fue tambien de ese hidalgo herido, y acompañandole yo, á su casa me llevó, víle en extremo alentado: despues, habiendo buscado al Escribano, me dió la causa; y en conclusion, calla en su declaracion quien le hirió, diciendo, que sobre el encontrarse fue muy acaso la question.

Con esto, Don Diego, á Dios, y creed, que aunque me alejo, el amistad de los dos es tal, que al dexaros, dexo mi vida, y alma con vos. *Vase.*

Dieg. Qué amigo tan verdadero!

Leon. Bien lo muestra su fineza.

Dieg. Leonor, pues que considero mejorada mi tristeza, que no-hagas novedad quiero.

Leon. Yo no tengo voluntad: ó si esto fuera verdad. *ap.*

Dieg. Yo te lo estimo, y ahora véte, hermana, que ya es hora: prevenirte, es necesidad, de que con recato estés, que tus ventanas y puertas á todas horas. *Leon.* No es menester que tu me adviertas, que soy quien soy: dame, pues, los brazos, y cree de mi, que en mi vida he recibido

pesar, como el que ahora aqui despidiendome he tenido.

Dieg. Todo lo creo de ti. *Vase.*
Salen Don Juan, Barzoque, y Don Pedro, y Celio con luces.

Juan. Está todo puesto ya?

Barz. Ya, señor, todo está puesto; solo falta de ponerte tu á caballo. *Ped.* Mira, necio, si se olvida algo. *Barz.* Ahora iré la memoria recorriendo: mi amo aqui está, yo aqui estoy, las mulas alli estan; bueno, cabales hasta aqui estamos tantas mulas, como dueños: las maletas alli estan, la sombrerera, y el fieltro.

Juan. Fieltro llevas en verano?

Barz. Quizá volveré en invierno. El quitasol. *Ped.* Quitasol, yendo de noche? *Barz.* Por eso, que quien de noche camina, le ha menester, pues es cierto que hace calor, y no estan las posadas tan á tiempo, que no dé un poco de sol; y quando no sirva desto, hay mas de hacer del que fue quitasol, quita sereno?

Las botas grandes. *Juan.* En Julio botas? *Barz.* Estas que yo llevo, yo he de calzarlas. *Ped.* Ahora?

Barz. Pues para quando se hicieron ellas, sino para quando hay mayores sedes? *Juan.* Luego son de vino? *Bar.* Pues. *Ped.* Y quantas?

Barz. Dos, por igualar el peso. *Ped.* Si escuchamos este loco, no saldrás, á lo que entiendo, de aqui hasta el amanecer.

Barz. Nada se olvida en efecto; vamos, si bien no sé que escrupulo acá me tengo, de que se me olvida algo, me acuerdo de cierta cosa, y que cosa es no me acuerdo.

Juan. Dame tu mano, señor.

Ped. De nada, Don Juan, te advierto, tus obligaciones sabes,

No hay cosa como callar.

á Dios, pues; y plegue al cielo, te traiga con bien. *Juan.* No sé si te lo atorgue, que temo no volver vivo; qué mucho si antes de partir voy muerto? ausencia, pues te llamaron remedio de amor y zelos, pues me ves morir de amor, dame, ausencia, tu remedio. *Vase.*

Ped. Alumbrad. *Barz.* Dame los pies.

Ped. Barzoque, solo te ruego cuides mucho de tu amo.

Barz. Una y mil veces lo ofrezco, qué quieres de mi, memoria? dexame, todo lo llevo, nada dexo de importancia, pues las dos botas no dexo. *Vase.*

Ped. Obligaciones de honor, mucho me debeis, pues tengo valor para ver partir á tan conocido riesgo un hijo, y siendo yo mismo quien mas su peligro temo, fui quien mas para el peligro le ánimo, que le detengo. Pero vaya, mozo es, sirva al Rey, pues es tan cierto que es la sangre de los nobles, por justicia y por derecho, patrimonio de los Reyes.

Ola. Cel. Señor? *Ped.* Vamos, *Celio,* con luz recorriendo ahora de Don Juan el aposento por esa puerta que cae á mi quarto, y á ver luego si la que cae á la calle cerrada está. *Cel.* De eso vengo, y está cerrada; si bien, que hayas de refirme temo un descuido. *Ped.* Pues qué ha habido? qué se ha olvidado? Di presto.

Cel. Pedir, señor, á Barzoque la llave de ella. *Ped.* Pues eso qué importa que él se la lleve, si yo llave maestra tengo: y pues hay aqui recaudo de escribir, escribir quiero: llegame bufete, silla, y luces. *Cel.* Ahora, siendo mas de media noche ya,

quieres escribir? *Ped.* No puedo escusarlo, porque son unas cuentas: mas qué veo! los papeles de Don Juan (qué gran descuido!) son estos, mira si alcanzarle puedes.

Cel. Como he de alcanzarle, habiendo tanto tiempo que partió?

Ped. Pues luego al punto, al momento busca en que ir hasta alcanzarle, y daselos, porque es cierto que sin ellos no podrá cobrar su ventaja y sueldo.

Cel. Hasta la mañana, quien me dará en que ir?

Dentro ruido y voces.

Dent. Tod. Fuego, fuego.

Ped. Mira qué voces son esas tan cerca. *Leon. dent.* Valgame el cielo!

Ped. De casa. *Cel.* Yo voy á ver donde son. *Dent. Jua.* Huyamos presto, señora, pierdase todo, pero no las vidas. *Tod.* Fuego.

Ped. Donde será? *Leon.* Pues abierta esta casa está. *Ped.* Qué es esto?

Sale Leonor medio vestida.

Leon. Una muger infelice, á quien esta luz (mi pecho me ahoga) traxo hasta aqui, de sus desdichas huyendo: si sois, señor (muerta estoy) como mostrais, caballero, amparadla (qué desdicha!) pues basta saber (no puedo hablar) que de vos se vale en ocasion que (el aliento me falta) su misma casa la echa de sí. *Ped.* Deteneos, sosegad, que habeis llegado donde halleis, yo os lo prometo, amparo y favor: qué ha habido?

Leon. Que estando ahora.

Dent. Tod. Fuego, fuego.

Leon. Esas voces os respondan: en mi casa, en mi aposento son. *Ped.* Qué casa es?

Leon. La frontera.

Ped. A ella acudiré, y ofrezco poner quanto yo pudiere en salvo; vamos corriendo.

De Don Pedro Calderon de la Barca.

llama todos los criados:
vos aqui estad , mientras vuelvo.

Vanse Don Pedro, y Celio, y sale Juana.

Juana. Ay señora, qué desdicha!
todo se nos queda ardiendo;
como me cogió salí.

Leon. Mayor pudo sucedernos,
si dormidas nos hallára:
ya que agradecerle tengo
á mi fortuna , que tantas
penas me haya dado á un tiempo;
pues la ausencia de Don Luis,
de mi hermano el retraimiento,
desvelada me tenían,
para que pudiese (ay cielos!)
la vida escapar , quizá
para mayores tormentos.

Juana. No sé como el fuego pudo
encenderse. *Leon.* No apuremos
como pudo suceder,
pues ya sucedió ; y no quiero
ser ingrata á mi ventura,
acordandome en suceso
tan infelice de nada,
ni como pudo ser , puesto
que no perdiendo la vida,
todo es poco quanto pierdo.

Juana. No dudo que nada pierdas,
que á lo que desde aqui veo,
todo á esta casa lo traen;
y si no me engaño , pienso
que es menos el fuego , pues
ya el ruido , señora , es menos.

Ped. Entrad á ese quarto toda
la ropa: gracias al cielo,
señora , que ha sucedido
felizmente ; todo el fuego
queda apagado , que fue
dicha socorrerle presto ;
toda la hacienda tambien
está en salvo. *Leon.* Agradeceros
tan grande merced quisiera ;
pero á empezar no me atrevo,
por no dexar desayrado
tan noble agradecimiento:
guardaos el cielo mil años ;
y supuesto que ya os debo
tal merced , dadme licencia
para recibirla , yendo
acompañada de vos

á mi casa *Ped.* Deteneos,
y considerad , señora,
que aunque ya cesó el incendio,
no el humo , y á ahogaros basta
el que hay en vuestro aposento ;
demas , de que fue forzoso,
para cortarle , en el suelo
el tabique derribar
de la alcoba ; y fuera desto,
toda vuestra ropa está
en mi casa ; y asi , es cierto
que en la vuestra no podeis
entrar , señora , tan presto.

Leon. Pues qué he de hacer , infelice
de mi , que una amiga , un deudo,
donde pudiera albergarme,
ambos viven de aqui lejos:
y á estas horas , y desnuda,
ir yo. *Ped.* Si el ser caballero
os asegura , señora,
de mi proceder , saliendo,
sobre la sangre , las canas
fiadoras de mi respeto:
y para decirlo todo
de una vez , si el ser Don Pedro
de Mendoza os asegura,
lo que yo ofreceros puedo,
este quarto es , donde entrasteis,
tan apartado , y tan lejos
del mio ; que nadie tiene
que hacer en él ; no está puesta
como mereceis , mas hay
una cama , por lo menos,
para pasar lo que falta
de la noche , hasta que siendo
de dia , á la casa vais
de esa amiga , y de ese deudo ;
y por mas seguridad,
si no basta todo esto,
tomad la llave vos misma,
y cerrareis por adentro.

Leon. La seguridad mayor,
señor , que yo tener debo,
es , ser quien sois ; pero no
quisiera yo , porque tengo
mucho que perder , que alguno,
por objeccion de suceso
tan extraño , me pusiera,
ó bien malicioso , ó necio,
el que me quedé una noche

No hay cosa como callar.

fuera de mi casa. *Ped.* Un riesgo tan preciso y tan forzoso disculpa un atrevimiento; y mas tan licito y justo.

Quedaos aqui, y yo os ofrezco del menor inconveniente, que de esto os resulte, haceros satisfecha. *Leon.* Esa palabra me dais? *Ped.* Sí.

Leon. Pues yo la acepto; Juana, véte á casa tu, para que cuides de aquello que alli quedó. *Juana.* A casa yo?

Leon. Sí, pues yo segura quedo.

Ped. Esta es la llave. *Leon.* Señor, no la tomo por rezelo, sino por poder decir, que me cerré por adentro.

Vanse todos, y hace que cierra ella.

Qué quieres de mi, fortuna, que en tantos lances me has puesto? dame mas valor, ó no me des tantos sentimientos.

Quien creerá que en quatro dias caben tan raros sucesos, como me han acontecido?

y aun con todo no me quejo de ti, fortuna, porque para adelante te quiero por amiga, que aun te queda cabal el poder, y temo lo que puedo padecer, aun mas de lo que padezco!

Sientase en una silla.

Rendida, dudo si diga de mis desdichas al peso, ó á las señas de mortal, en esta silla me siento, tan dudosa, que no sé si podrá el entendimiento distinguir, si el que me rinde es el desmayo, ó el sueño: cielos, no descanso os pido, paciencia sí.

Quedase dormida, y salen Don Juan y Barzoque.

Juan. Abre mas quedo, no alborotemos la casa, si está mi padre durmiendo: ya que habiendote dexado

todos mis papeles puestos sobre el bufete, la llave llevaste de mi aposento; porque en un descuido, otro pueda servir de remedio.

Barz. Vive Dios, que no he tenido tal pesadilla y desvelo, como el que llevaba, hasta acordarme que eran ellos lo que se olvidaba, bien, que fue dicha ser tan presto.

Juan. O qué feliz fuera yo, si como á Madrid me vuelvo á buscar unos papeles, volviera alegre y contento á buscar una hermosura que dentro del alma tengo.

Barz. Qué dieras, señor, por verla?

Juan. Diera el alma. *Barz.* Caro precio.

Juan. Entra en la sala. *Barz.* A esta hora hay luz en ella? á qué efecto?

Juan. Algun criado quizá estará: mas santos cielos,

Repara en ella.

qué miro! *Barz.* Jesus mil veces!

Juan. De qué tiembblas?

Barz. De algo tiemblo:

pues es la muger que está sobre esa silla durmiendo, la misma que adoras. *Juan.* Bien la extrañeza del suceso puede dar admiracion, miedo no. *Barz.* Como no miedo? si quando ofreces el alma, te la hallas en tu aposento, en fe de que te aceptó la palabra el diablo. *Juan.* Necio, t un bien mandado es el diablo?

Barz. No lo es, pero suele serlo: quien querias tu que aquí te la tuviese? *Juan.* Sucesos que ahora no se ofrecen. *Barz.* Pacto ha sido explicito, es cierto.

Juan. Llega esa luz. *Barz.* Yo llegar?

Juan. A donde te vas? *Barz.* Huyendo della, y de ti; con las mulas, y el mozo, señor, te espero, si bien, un diablo, y un mozo de mulas, todo es lo mesmo. *Vase.*

Juan. Ignorada deidad mia,

De Don Pedro Calderon de la Barca.

si eres en esta ocasion
el cuerpo de miusion,
la alma de mi fantasia;
si sombra, que helada y fria
mi imaginacion formó,
como hizo en quien no te amó
mi imaginacion efecto?
luego no eres mi concepto,
pues te ve otro mas que yo?
Pues siendo en mi devaneo
cuerpo con alma y sentido,
quien pudo haberte traido
al lugar donde te veo?
conjuro de amor no creo
haberle tal, que pudiera
atraerte aqui, de manera,
que aunque aqui te llevo á ver,
no hallo razones de ser
fingida, ni verdadera.
Pues qué serás? que rendido
á una duda, y otra duda,
no hay desengaño que acuda,
sino á quitarme el sentido:
sueño debe de haber sido
quanto estoy viendo y tocando,
aunque tampoco, mirando
que fuera impropiedad, siendo
tu la que aqui estás durmiendo,
ser yo el que aqui está soñando.
Aunque bien puede ser, sí,
que si de ser inmortal
el alma, es clara señal
el sueño, y yo te la dí,
cierto es, que aunque en mí
en ti vive; y así, quando
duermes tu, estoy delirando
yo, con que ser puede (ay Dios!)
con un alma estar los dos,
tu durmiendo, y yo soñando:
Y puesto que sueños son
las dichas y los contentos,
soñemoslos de una vez,
hermosa deidad. *Despierta Leonor.*
Leon. Qué es esto?

Juan. Es un afecto de amor
no hallado acaso, aunque serlo
parece, pues es buscado
del mismo amor. *Leon.* Como, cielos,
así se rompe una fe
jurada? ved. *Juan.* Nada veo.

Leon. Que yo en confianza vuestra.
Juan. Ninguna es la que yo os debo.
Leon. Aquí me quedé. *Juan.* Es en vano
disuadirme de mi intento.
Leon. Vos sois noble? *Juan.* No lo sé.
Leon. Mirad que soy. *Juan.* Nada advierto.
Leon. Mas que pensais.
Juan. Poco importa.
Leon. No, sino mucho; y primero
que logreis tan gran traicion,
yo sabré romperme el pecho
con mis mismas manos. *Juan.* Yo
estorbarlo. *Leon.* Como, cielos,
tan grande traicion sufrís?
Juan. Como es de amor, no te oyeron,
porque traiciones de amor
nacen con disculpa. *Leon.* Al viento
daré voces. *Juan.* Taparéte
yo la boca. *Leon.* Piedad, cielos,
y no permitais que venga
á dar de un fuego á otro fuego.

JORNADA SEGUNDA.

Salen Don Diego, y Juana.

Dieg. Y qué hace tu señora?

Juana. Ya no lo sabes tú? suspira y llora,
que es lo mismo que todos estos dias
la divierte, señor. *Dieg.* Tu que debias
saber, como quié siempre acompañada
de ti está, aun mas amiga, que criada,
la causa de que nace su tristeza,
tambien la ignoras?

Juana. Sí, que la extrañeza
con que á mi me ha tratado
tambien en esta parte, su cuidado
saber no ha permitido
de qué causa, señor, haya nacido.

Dieg. Pues no es fuerza, al mirar sus
ansias sumas,
que quando no la sepas, la presumas?

Juana. Mi pecho solo sabe,
que la ocasion, señor, penosa y grave
de su melancolia,
dos meses ha que dura, pues el dia
nació, que á verte fue á tu retraimiento

Dieg. A que se sentimiento,
quando de eso naciera,
ya al verme libre á mi cesado hubiera;
pues habiendo sanado

No hay cosa como callar.

aquel hombre que herí, y efectuado con él las amistades, trocára los rigores en piedades, pues en qualquier aprieto, cesando la ocasion, cesa el efecto.

Juan. Lo q̄ en el mismo dia tambien pudo su sentimiento ocasionar, no dudo que fue, señor, el fuego que en casa se encendió.

Dieg. Tampoco niego que si de eso naciera, muriendo el fuego, la pasion viviera; la hacienda, ni la vida no peligró, una y otra defendida por la piedad y estilo lisonjero de aquel anciano y noble caballero, que en su casa hospedada la tuvo aquella noche; luego en nada esas dos ocasiones han causado su mal, y mas habiendose mudado de la casa á otro dia, por el azar que dice que tenia con ella. *Juana.* Pues en vano decir mas que eso puedo yo.

Sale Leon. Mi hermano aqui está: ó quien pudiera de sus ojos faltar; pues de manera me acusan mis desdichas, q̄ no puedo verle la cara, sin verguenza y miedo, propio temor de un pecho delinquente pensar que todos saben lo que él siente.

Dieg. Leonor, hermana mia, pues por qué sin hablarme se volvía tu divina belleza?

Leon. Por no darte pesar con mi tristeza.

Dieg. Eso no es excusarle, sino antes aumentarle, añadiendo á tu gran melancolia el rigor con que tratas la fe mia: merezca, por tus ojos, saber la causa yo de tus enojos.

Leon. Si de causa naciera, á quien con mas cariño la dixera? toda melancolia nace sin ocasion; y asi es la mia, que aquesta distincion naturaleza dió á la melancolia, y la tristeza; y para ella, los medios son massabios, llorar los ojos, y callar los labios.

Dieg. Otros hay. *Leon.* Qué? *Dieg.* Auviarla,

y ya que no vencerla, desecharla.

Quieres aquesta noche salir á ver la mascara, en un coche, que hace Madrid, en generosas pruebas de quanto estima las felices nuevas de la mayor victoria, que ha de durar eterna á la memoria del tiempo, en duras laminas grabada?

Leon. No, que no puede divertirme nada la comun alegria, que antes la pena mia hallé para afigirme nuevos modos, viendome triste, estando alegres todos.

Dieg. Pues qué podrá alegrarte? qué podrá divertírte? qué aliviarte? No me trates ahora como hermano, tratame como amante, pues es llano que lo soy, ya que no de tu belleza, de tu virtud: qué singular fineza no haré por ti?

Leon. Tu quieres hacer una, que es la que mas te estime mi fortuna!

Dieg. Mi amor con imposibles acrisola.

Leon. Pues la mayor será dexarme sola.

Dieg. Qué pasion tan tirana! massi en eso te sirvo, á Dios, hermana.

Vase Don Diego.

Juana. Gracias, señora, al cielo, que presto cesará tu desconsuelo, pues ya vendrá Don Luis.

Leon. Está advertida, q̄ á Don Luis no me nombres en tu vida, que ya espiró en mi pecho todo quanto antes fue: nada sospecho que en mi pecho ha quedado, porque hasta las cenizas han volado de aquese ardor violento, buscaslas, y hallaráslas en el viento.

Juana. Siempre creí. *Leon.* No creas nada, sino la pena que en mi veas; y si quieres saber quanto es severa, haz una cosa. *Juana.* Qué es?

Leon. Irte allá fuera, que estorbas á la grave pena mia la soledad, y no haces compañía.

Juan. Fuerza es obedecerte. *Vase.*

Leo. O quanto estimo verme desta suerte! pues pueden sin testigos mis enojos desahogarse: h blad labios, llorad ojos, solos estais, decid vuestros agravios, que-

De Don Pedro Calderon de la Barca.

quejaos al cielo, pues, ojos y labios,
que aunque juré callar, siendo testigo
el cielo, no es hablar, hablar conmigo.
De un fuego huyendo á otro fuego
fui; ténte, memoria; ténte,
que pues que yo no lo olvido,
no es bien que tu me lo acuerdes.
Pensé al principio, que fuera
el fiero agresor alevé
de mi honor mi huésped, ya
persuadida inutilmente
á que el ser traidor é injusto
fuese conjunto al ser huésped.
Quise dar voces, no pude,
que á un mismo tiempo fallecen
mi aliento y mis fuerzas, dudo
á qual de los accidentes,
desmayada entre sus brazos;
qué frase habrá mas decente
que lo refiera? ninguna,
porque la mas elocuente
es la que, sin decir nada,
el mas rustico la entiende.
Volví del desmayo, quando
el que (aqui el dolor se aumenta)
mas osado estuvo, mas
cobarde la espalda vuelve.
O infames lides de amor,
donde el cobarde es valiente;
pues el vencido se queda
mirando huir al que vence.
Mas animosa yo entonces,
(propia accion de los que tienen
poco valor, alentarse
en sintiendo que los temen.)
Por conocer mi enemigo,
quise (ay de mi!) detenerle,
y echando la mano al cuello,
diciendo, traidor, detente,
asi una banda, de quien
estaba esta cruz pendiente,
abrióse el asa, y dexóme
con ella; á tiempo que sienten
ruido en el quarto, y á él llaman.
A abrir fui; porque me diesen
favor, quando á un tiempo mismo
el que huye, y el que viene,
aquél se va, y este se entra
por dos puertas diferentes.
Desengañéme yo entonces

de que Don Pedro no fuese
cómplice en traicion tan grande,
al verle entrar; y de suerte,
la verguenza me trocó
la accion, que estimando que entro,
porque vengue mis agravios,
no le dixé que los vengue:
porque viendo al agresor
ya de mis ojos ausente,
y que era entonces tan facil
no alcanzarle, y conocerle,
quise mas callar, porque
si yo una vez lo dixese,
y ninguna lo vengase,
era afrentarme dos veces.
Volví á mi casa, porque
no vi la hora de verme
sola, para preguntarle
á este testigo quien fuese
su dueño, y quando pensé
qué debiera responderme:
noble es, conocer sabrá
la obligacion que te tiene,
no solo (ay de mi!) es aquesto
lo que me dice, y me advierte,
mas tan al contrario es,
que me dice claramente,
noble es, pero tan traidor,
que no á ti sola te ofende;
y es verdad, pues un retrato
que la venera contiene,
me da á entender, que no he sido
yo sola (ó traidor, alevé!)
la quejosa: O muda imagen,
dime quien es, y quien eres,
que yo por las dos venganza
tomaré, y. *Dentro Marcela é Ines.*

Marc. Jesus mil veces.

Ines. Valgame el cielo.

Leon. Qué escucho!

qué voces? qué ruido es este?

Dent. Enr. Qué desdicha!

Dent. Dieg. Acude, Enrique,
basta estar dentro mugeres.

Sale Juana.

Leon. Qué es eso, Juana?

Juana. Es un coche,
que sin cochero, y con gente,
mas que de paso, ha venido
la calle abaxo, y en ese

No hay cosa como callar.

hoy, que á la puerta está abierto para una fuente, se volcó, y no dudo que quantos van dentro se hiciesen mucho daño: mi señor, que á la puerta estaba, al verle, acudió á favorecer; mas no hay para que lo cuente, pues con una dama en brazos, él, y Enrique hasta aquí vienen.

Saca Don Diego en brazos á Marcela desmayada.

Dieg. Hermana, dón tus pesares; si es que hay pesares corteses, treguas al dolor, y acude piadosa, noble y prudente á favorecer la vida de una hermosura, pues debes, por hermosa y desdichada, favorecerla dos veces.

Leon. En vano, hermano, me pides que acuda piadosamente, pues quien sabe de pesares, mas facil se compadece.

Sale Ines. Ninguna criada honrada caer donde cae su ama puede, pues todos se duelen della, y nadie de mi se duele.

Leon. Juana, entra á prevenir un catre donde se acueste.

Dieg. Enrique, acude tu al coche.

Lza. Tu, hermano, pues no hay mas gente de ese camarín alcanza agua de azar, por si vuelve, rociándola el rostro. *Dieg.* Cielos, no malogre un accidente tanta copia de jazmines, pues ya huyó la de claveles. *Vase*

Ines. Qué esté yo descalabrada, y nadie de mi se acuerde?

Leon. Hermosa dama, si acaso él acaso que sucede os dexó: pero qué miro! ó mi discusso aparentes formas á mis ojos finge; ó el original es este desta copia, sí; y no solo en la beldad se parecen, pero en el estar sin vida, es su retrato dos veces,

ella es la que.

Sale Don Dieg. Ya está aquí el agua. *Marc.* Cielos, valedme!

Leon. Ya no es menester, pues ya, hermano, en su acuerdo vuelve.

Ines. Así volviera en el mio yo. *Dieg.* Si albricias me pidieses, la vida diera en albricias.

Marc. Admirada dignamente de hallarme aquí, no sé como mi agradecimiento empiece; y así, entre los dos habré de repartirle igualmente; mas con una distincion, que si mi vida se debe á algun valor, será vuestra la accion: y si acaso fuese milagro el mirarme viva, vuestro el milagro, de suerte, que hallandome entre los dos, mi vida á los dos se ofrece, como á noble á vos, y á vos como á deidad excelente.

Leon. De los agradecimientos que vuestra voz nos promete, no es justo que yo, señora, por entendida me muestre, pues no soy yo la deidad; y así, á mi hermano se deben, como á quien os socorrió, esos favores corteses.

Marc. Guardaos el cielo mil años, que ya gozosa de verme merecedora de tales dichas, mi vida agradece el peligro en que me he visto.

Dieg. No agradezcais de esa suerte accion, que, sin conoceros, hice por vos; pues no tiene que agradecer quien acaso obligada llega á verse.

Si bien, por no malograr á quien tan bien encarece la obligacion, os suplico deis lugar, para que en este breve cielo, á tanta luz, y e-fera, á tanto sol breve, se os sirva.

Sale Juana. Ya está, señora, prevenido donde puede

des-

De Don Pedro Calderon de la Barca.

descansar. *Marc.* Dadme licencia de que tal merced no acepte, que no es posible quedarme á recibirla, que tiene en mi estado tanta dicha algunos inconvenientes.

Leon. Pues merezcamos saber quien sois, para que no quedendudas de vuestra salud, sin mas noticias de quienes informarnos, que no dudo, segun lo que mi alma siente vuestros sucesos, que ya me importa precisamente saber quien sois. *Marc.* Pues yo soy la obligada, á mi compete saber de la vuestra asi, porque en ningun tiempo llegue tanta nobleza á ganarme de mano en tantos cortesés cumplimientos, perdouadme callar quien soy.

Salé Enr. Ya alli tienes el coche puesto, señora.

Ines. El demonio que en él entre.

Dieg. No váis en él, esperad.

Marc. No es posible detenerme; quedad con Dios. *Leon.* El os guarde: y creedme, que de suerte me he holgado veros con mas vida que os ví, que parece que retratada quedais á vivir conmigo siempre.

Marc. Y yo siempre agradecida á tan piadosas mercedes, esclava vuestra seré: y vos, caballero, hacedme merced de quedaros. *Dieg.* Yo he de ir sirviendos. *Marc.* De aquese quarto no habeis de salir.

Dieg. A mi pesar, obediente, me quedo. *Marc.* Vamos, Ines.

Leon. Enrique? *Enr.* Señora?

Leon. Hacedme gusto de saber quien es, y en que parte vive. *Enr.* En breve lo traeré sabido. *Dieg.* Enrique?

Leon. Si mi hermano le detiene, *ap.* la ocasion he de perder de saber quien es. *Enr.* Qué quieres?

Dieg. Sabe quien es esta dama, su casa, y que nombre tiene.

Enr. Sí haré: el servir á dos amos facil fuera desta suerte, mandando una misma cosa los dos. *Leon.* Cielos, concededme alguna luz de saber quien aquel tirano fuese de mi honor. *Dieg.* Permitted, c'elos, que yo á saber quien es llegue aquesta hermosa homicida.

Leon. Y hasta entónces, alma, vuelve á padecer y callar.

Dieg. Y amor, hasta entonces cesen los labios; á Dios, Leonor.

Leo. El te guarde. *Dieg.* Amor, concede alivio á mi pena. *Leon.* Honor, treguas á mi llanto ofrece.

Salen Don Luis, Don Juan, y Barzoque.

Luis. Aqui no hemos de parar mas, que solo á dar cebada.

Juan. Que no se perdió jornada dixo un adagio vulgar, por dar cebada, y oír misa.

Barz. Al contrario digo yo; pues quando mas me importó el caminar mas apriesa, siempre perdí la jornada por esas dos cosas, pues lo que mas detiene, es el oír misa, y dar cebada.

Luis. Barzoque, al mozo decid que acabe, que es tarde veis.

Juan. Notable priesa tenéis por entrar hoy en Madrid.

Luis. Quien, despues de haber cumplido, Don Juan, con su obligacion, hallandose en la ocasion mayor que España ha tenido; y habiendo alcanzado ya licencia para volver: y al fin, llegandose á ver que media jornada está de Madrid, no deseó verse entre deudos y amigos, haciendo á todos testigos de tantas venturas? *Juan.* Yo, que amigos y deudos tengo, y no se me diera nada, que empezára la jornada

No hay cosa como callar.

ahora. *Luis.* Pues yo, aunque vengo tan gustoso, por traer, Don Juan, vuestra compañía, volar, no correr, querría.

Juan. Yo, ni volar, ni correr.

Luis. Estais, por dicha, olvidado de lo que es Madrid? *Juan.* No estoy; mas no tengo en Madrid hoy cosa que me dé cuidado.

Luis. Pues quando no le tengais en lo particular puesto, por lo general, supuesto que en él tan bien visto estais de damas y caballeros, no es da gana á volver? *Juan.* No,

porque de uno y otro yo no necesito, y haceros un argumento podré; si por caballeros, donde mayor nobleza se esconde, que la que en Irun dexé? si por damas, cosa es llana, que á mi lo mismo me inclina angosta una vizcaína, que ancha una castellana.

Luis. O quien se hallára, Don Juan, tan libre, que hacer pudiera donayre de la severa ira de amor! No me dan mi deseo y mi cuidado licencia á mi para hablar de burlas. *Juan.* Eso es mostrar que estais muy enamorado.

Luis. Tanto lo estoy, que quisiera poder volar con las alas de amor, y no fueran malas para llegar á la esfera, adonde apenas llegó pensamiento, que rendido no volviese, porque ha sido del mejor sol que ilustró el dia de luces bellas, el mundo de resplandores, la primavera de flores, y todo el cielo de estrellas.

Juan. Una pregunta hacer quiero: esa dama que adorais, poseis ú deseais?

Luis. Deseo, sirvo y espero; deseo un dulce favor,

sirvo un hermoso desden, y espero lograr un bien, premio de mi firme amor; porque es el alto sugeto que idolatramente adoro, beldad de inmenso decoro, deidad de sumo respeto. Para casarme he servido una dama, cuya pura perfeccion, de la hermosura honesta Venus ha sido: imán de tan alta estrella, á verla vueivo, y constante es un siglo cada instante, que tardó en volver á vella.

Juan. Aunque tan fino os hallais, quereis olvidarla? *Luis.* No, ni que haya, presumo yo, tal remedio. *Juan.* O quanto estais templado á lo antiguo! *Luis.* Pues qué medio hay para olvidar una hermosura? *Juan.* Alcanzar esa hermosura: esta es la cura, Don Luis, mas cuerda; porque quien tan importuna pasión tuvo, que de una lograda ocasion se acuerda? Por qué pensais que Macias enamorado murió?

porque nunca consiguió. Yo quise bien ocho dias, y sané luego al momento, porque aun antes que supiera casa, nombre, ni quien era la tal dama, en mi aposento la hallé una noche dormida, sin saber quien la llevase allí, ni que lá obligase á ser tan agradecida; donde, entregando al olvido de mi memoria el cuidado, yendo muy enamorado, salí muy arrepentido.

Luis. Pues como, sin saber que vos la amabais, os buscó esta dama? *Juan.* Qué sé yo.

Luis. Quien la tráxo? *Juan.* Yo qué sé, ni de saberlo he cuidado.

Barz. Como es posible, señor, que eso cuentes sin temor?

que

De Don Pedro Calderon de la Barca.

- que yo , de haberlo escuchado
ahora , aunque lo temblé
entonces , vuelvo á temblarlo.
- Luis.* Por qué? *Barz.* Porque sin dudarlo,
un diablo subcubo fue.
- Juan.* Calla, necio. *Barz.* Quien pudiera
ser quien en casa se hallára
al tiempo que él en voz clara
dixo, que por verla diera
el alma , y luego la vió,
sino el demonio vestido
de muger? *Luis.* Tan suspendido
el suceso me dexó,
que os tengo de suplicar,
muy despacio me conteis
como fue esto. *Juan.* Si teneis
gusto , volveré á empezar
todo el caso ; estadme atento,
que estimaré divertiros.
- Luis.* Mucho me holgaré de oiros,
porque es extremado el cuento.
- Juan.* Yo ví cierta dama , cuya
beldad me agradó fiel.
- Barz.* Que para agradarle él,
bastó que no fuese suya.
- Juan.* Seguir la quise , y no pude
por un grande impedimento.
- Barz.* Aqueso no importa al cuento.
- Juan.* Volví á ver si al templo acude,
donde la vi la primera
vez. *Barz.* Volvió, que aunque sagrado,
era diablo bautizado.
- Juan.* Siguiendola , á ver quien era,
otro acaso sucedió,
que lo embarazó tambien.
- Barz.* Por quien se dixo mas bien,
otro diablo que llegó.
- Juan.* Llegó en esto mi partida,
ausentarme determino,
quando yendo mi camino,
éste , que siempre se olvida
de lo que mas importó,
se acordó que habia dexado
mis papeles ; enfadado
volví á Madrid , y por no
alborotar , quise entrar
con llave que yo tenia,
en mi quarto ; luz habia ;
y apenas volví á mirar
quien estaba allí , quando á ella
- la ví en mi quarto dormir.
- Barz.* Acabando de decir,
que daría el alma por ella.
- Luis.* Como en tan raro suceso,
no preguntasteis quien fuese,
ni quien allí la traxese?
- Juan.* Quien me metia á mi en eso
si ella se queria ocultar,
preguntaría , no sería,
quien era , descortesía?
- Luis.* Pues qué hicisteis? *Juan.* Sin hablar,
maté la luz. *Luis.* Para qué?
- Juan.* Para que ella no supiera
tampoco allí quien yo era.
- Luis.* Pues por qué , Don Juan?
- Juan.* Porque
no se pudiera alabar
jamás de que me gozó,
que también tengo honor yo,
y soy mozo por casar.
Fuera de que el principal
intento fue , que esto hiciese,
que mi padre no supiese
que yo habia vuelto , pues tal
prevencion me aseguraba
de la queja que podia
tener la libertad mia,
si allí por su orden estaba ;
pues ahora podré negar
en todo tiempo , que fué
el hombre que entró hasta allí.
- Luis.* Eso no quiero apurar,
sino saber si despues
supisteis quien era. *Juan.* Yo?
- Luis.* Ni quien la llevó allí? *Juan.* No.
- Luis.* Y ahora no os mueve , pues,
la curiosidad siquiera
de saber quien es , y allí
la tuvo? *Juan.* En mi vida fué
curioso : y antes quisiera
no preguntarlo jamás,
ni que nadie me llegára
á decirlo , que estimára
el no saber della mas :
porque estoy ya muy cansado
de saber como se llama,
y donde vive mi dama,
qué porte tiene , y qué estado ;
y así , solo me desvela
pensar , que lo he de saber,

No hay cosa como callar.

- porque me muerdo, por ser
caballero de novela;
y que se cuente de mi,
que una infanta me adoró
encantada, de quien yo
no supe mas. *Barz.* Y yo sí.
- Luis.* Y ella, qué porte tenía!
- Juan.* Tal, que si algo en este estado
me hubiera de dar cuidado,
su ofendido honor sería.
- Luis.* Y en fin, en qué paró? *Juan.* En que
antes que me conociera,
volví á cerrar por defuera,
y en el quarto la dexó.
- Luis.* Y no sacasteis, decid,
los papeles vuestros? *Juan.* No,
porque para negar yo
el haber vuelto á Madrid,
fue importante no traellos,
que pudieran ser que ya
los hubiesen visto allá,
y no importó, pues con ellos
un criado me alcanzó,
á quien mi padre enviaba.
- Luis.* Y ese criado contaba
algo de esa dama? *Juan.* No,
ni yo se lo pregunté,
porque en malicia no entrara
de haber vuelto. *Luis.* Cosa rara:
y ahora, qué habeis de hacer? *Jua.* Qué?
entrar muy disimulado
en casa. *Luis.* Pues ella ya
de ese lance no se habrá
á vuestro padre quejado?
- Juan.* Para quando es el negar,
sino para ahora? si bien,
hay un testigo con quien
el delito comprobar
pueden. *Luis.* Qual? *Juan.* Una venera,
que del cuello me arrancó,
con un retrato; mas no
importa, pues quando quiera,
en tales señas fundada,
convencerme, yo diré
que es mentira, porque fue
dexarmela allí olvidada.
- Luis.* Buen desenfado teneis,
y la dama retratada,
viendo que de la jornada
sin el retrato volveis,
- no se quejará? *Juan.* Eso es cosa
que ha de darme más placer;
hay cosa como tener
uno á su dama quejosa?
fuera de que ha de faltar
una compuesta mentira,
que ablande toda esa ira?
- Barz.* Luego tu piensas tornar
á hablar á Marcela? *Juan.* Sí.
- Barz.* No te acuerdas, que quedé
muy desayrada, y que no
querrá ella hablarte á ti?
- Juan.* Riete de eso, que nada
hay que tenga á una hermosura
más rendida, y más segura,
que tenerla desayrada:
esta noche me verás
ir á visitarla, y vella.
- Barz.* Como? *Juan.* Como si con ella
reñido hubiese jamas.
- Luis.* En toda mi vida he estado,
Don Juan, más entretenido,
que este rato que os he oído.
- Ju.* No es raro cuento? *Luis.* Extremado.
- Barz.* Ya el mozo allí nos espera.
- Luis.* Vamos, Don Juan, que no veo
la hora que mi deseo
llegue á abrasarse en la esfera
del sol que adoro. *Juan.* Ni yo
la hora de verme en mi cama,
que es la más hermosa dama,
y más cómoda, pues no
pide pollera, ni coche,
y en un rincón encerrada
todo el día está, y no enfada,
con gozarla cada noche.
- Vanse, y salen Ines, y Marcela.*
- Ines.* Aquel criado, señora,
que nuestro coche siguió,
desde el sitio en que cayó,
hasta casa, vuelve ahora
con un recado. *Marc.* Pues di
que entre.
- Sale Enr.* Mi señor Don Diego
de Silva con este pliego
me envia. *Marc.* Mostrad: dice así.
- Lee.* El deseo de saber de vuestra salud
sea disculpa de mi atrevimiento, para
lograr la diuina de haberla yo ampara-
do, con la certeza de haberla vos con-

De Don Pedro Calderon de la Barca.

seguido. Yo fuera á saber de ella, si me juzgáramerecedor de oirlo de vuestra boca. Suplicoos me respondais, ó me deis esta licencia. Dios os guarde.

Marc. Direis al señor Don Diego, hidalgo, quanto he estimado de mi salud el cuidado; y que está de mas el ruego con que me pide licencia de verme en mi casa, pues á termino tan cortés debo igual correspondencia; que yo seré la dichosa en que quiera honrarla, y vella, para que se sirva della.

Enr. Guardeos Dios: Extraña cosa fue la afición que cobraron mi amo, y mi ama á esta muger, pues los dos, hasta saber casa y nombre, no pararon. *Vase.*

Ines. Quanto, señora, estimára, que aqueste Don Diego fuera el que venganza te diera de Don Juan, y que te hallára vengada de su desden.

Marc. No esperes ventura igual, que basta tratarme mal, para que le quiera bien: y aunque tan justo seria que hallase en mi novedad, una cosa es voluntad, y otra cosa cortesía: como puedo á un caballero, que la vida, Ines, me dió, dexar de admitirle yo á visita? **Ines.** Pues primero que esa nos venga, ya ahora otra tenemos. **Marc.** Quien es?

Ines. Una tapada no ves entrarse hasta aqui, señora?
Sale Leonor tapada.

Marc. Quien será? **Ines.** Ella lo dirá.

Leon. Cielos, á mucho me atrevo; mas buena disculpa llevo en mi favor, que es que ya tengo poco que perder, perdido lo mas; y así, sola, y disfrazada aqui vengo, á si puedo saber el nombre de aquel traidor;

animo, agravios, pues puedo perder á mi honor el miedo, que antes me diera mi honor.

Marc. Qué es, señora, lo que aqui buskais, que de esa manera entráis? **Leon.** Sois, saber quisiera, vos Doña Marcela? **Marc.** Sí, que á nadie jamas negué mi nombre. **Leon.** Ayroso desvelo; y pues estais en el duelo tan bien vista, sabed que tengo un negocio con vos á solas. **Marc.** Salte tu, Ines, allá fuera: decid, pues, *Vase Ines.* ya estamos s. las las dos.

Leon. A mi me importa. **Marc.** Primero que la importancia digais, es justo que os descubrais, que si es desafío, no quiero daros ventaja; y es cierto que en vos será accion indigna tirar detras de cortina, estando yo en descubierta.

Leon. Ventaja en mi no se halla, que os pueda dar temor tanto, que la cortina de un manto, no es cortina de muralla: y la que siguió tan bien la metáfora, no dudo que sepa tambien, que pudo entrar de rebozo quien aventurero es; y así, descubrirme yo no quiero, pues la ley de aventurero me comprehende. **Marc.** Pues decid.

Leon. A mi me importa saber de un galan muy desta casa, que aunque su amor no me abrasa, me ofende su proceder, que tanto ha que no entra en ella, por saber si habla verdad en algo su voluntad.

Marc. Mi reyna, mal respondella puedo á eso, que hay á ese umbral muertos de amor cada día tantos hombres, que seria imposible saber qual es el que usarcerd ha dado satisfacción de que ya no me ve; y puesto que está
aqueel

No hay cosa como callar.

aquel discurso pasado tan fresco, vuelvome á él, si entrar buscando á ese hombre, quiere en la fuerza, dé el nombre, porque no ha de entrar sin él.

Leon. Aunque nombrarle pudiera, no le hago tanto favor como nombrarle, y mejor lo dirá aquesta venera: conoceisla? *Marc.* Sí, y si tiene un retrato, será ella.

Leon. En mi mano habeis de vella, que en la vuestra no conviene: es este? *Marc.* Quien os le dió?

Leon. El galan que le traía; y decid, por vida mia, (que hable desta suerte yo!) *ap.* qué tanto habrá que no os ve?

y como os ha dicho á vos qué se llama? que á las dos nos engaña, yo lo sé muy bien sabido, mudando el nombre, por disfrazar sus intenciones. *Marc.* Si apurar quereis mi paciencia, quando me estais mirando de zelos, contadme de aqueso ingrato, que os entregó ese retrato, como á vos os dixo. *Leon.* Cielos, *ap.* salgame esta industria bien.

Marc. Qué se llamaba? (qué ira!)

Leon. Don Alonso de Altamira.

Marc. Pues mintió.

Leon. Es traidor. *Marc.* Que á quien le di esa venera yo, por favor, con mi retrato, aunque me mintió su trato, su nombre no me mintió.

Leon. De qué lo inferís? *Marc.* De que le conozco bien; y así, no pudo engañarme á mi: ó decidme, quando fue quando ese retrato os dió?

Leon. Ayer. *Marc.* Pues como, si está fuera de Madrid? *Leon.* Quizá de donde estaba volvió á verme á mi de secreto. Bien deste aprieto salí, *ap.* y ya sé que no está aqui.

Marc. El os engaña, en efecto.

Leon. Quizá sois vos la engañada: quien os dixo á vos que era?

Marc. Hasta cobrar la venera, no tengo de hablar en nada.

Leon. Qué es cobrarla? *Marc.* Pues había de haber yo llegado á vella en vuestra mano, y sin ella quedar? desayre sería notable; y no solo ya el retrato, cosa es clara, me habeis de dar; mas la cara os he de ver. *Leon.* No será facil vuestra pretension; y reportaos, porque á sola una voz que dé, vendrá quien por un balcon os eche, que soy quien soy, y en efecto, tengo de irme con él, y sin descubrirme: temblando de miedo estoy. *ap.*

Marc. Veis todo eso? pues en vano el miedo es, que me habeis puesto, y he de ver. *Leon.* Mirad.

Quiere descubrirla, y estan las dos asidas, y sale Don Diego.

Dieg. Qué es esto?

Marc. Señor D. Diego? *Leo.* Mi hermano.

Dieg. Con la licencia, señora, que me disteis, he venido á veros, porque sin ella no fuera tan atrevido.

Marc. Pesame, señor Don Diego, que haya á tan mal tiempo sido, que un enojo no me dé licencia de recibiros con el agrado que debo.

Dieg. Tambien es fuerza sentirlo yo, no tanto por la falta de esa merced á que aspiro, quanto porque vos esteis disgustada: pues qué ha sido?

Leon. Cielos, doleos de mi, que en tanto empeño me miro.

Marc. Esta señora tapada á mi casa se ha venido á decirme mil pesares, trayendo un retrato mio para blason de sus zelos; no me embarazo en decirlo, porque no os debe hasta ahora

De Don Pedro Calderon de la Barca.

ningun respeto; hela dicho,
que me dexé mi retrato;
á que ella me ha respondido,
que llamará á quien me eche
por un balcon. *Dieg.* Aunque ha sido
culpado siempre en un hombre
el meterse inadvertido
en disgustos de mugeres,
no quando con este estilo
hablá, fiada quizá
en. álguien que trae consigo
á refirla sus pendencias;
y así, puesto que he venido
á tan mal tiempo, partamos
en los dos el desafío;
averiguad vos con ella
vuestras cosas, que advertido
yo callaré, hasta que haya
con quien pueda hablar, pues se hizo
para damas el respeto,
y para hombres el castigo.

Marc. Pues perdonadme, si os pongo
en empeño tan preciso,
que no lo puedo excusar.

Leon. Quien en tal riesgo se ha visto!

Marc. Señora, la del balcon,
ó al instante descubrios,
porque he de saber quien sois,
ó aquese retrato mio
me habeis de dar. *Leon.* Como, cielos,
saldré de tanto peligro?

daréla el retrato? como,
si no tengo otro testigo
de abono? pues qué he de hacer?
que tambien, si lo resisto,
mi hermano ha de conocerme:
en qué confusion me miro!

Marc. Qué discurrís? qué pensais?
ó el retrato, ó descubrios.

Dieg. Yo no os digo que le deis,
ni que os descubrais os digo;
mas que si habeis de llamar
esa gente, que habeis dicho,
sea presto. *Marc.* Qué esperais?

Leon. Aqui hay solos dos caminos,
ó decir quien soy, ó dar
el retrato, esto es preciso;
pues pierdase por ahora
lo que ya se está perdido,
no lo que por perder resta.

Los dos. Qué elegis, pues? *Leo.* Este elijo.

Dale el retrato á Marcela, y vase.

Dieg. Extraña muger! *Marc.* No puedo
encarecer quanto estimo
aquesta merced. *Dieg.* Ni yo
el desengaño que he visto,
que ha sido ventura hallarle,
y hallarle tan al principio;
yo me huelgo haber llegado
en ocasion, que serviros
pude, y aunque fue mi intento
algua cuidado deciros,
que ya me debeis, habré
de callarle, quando os miro
tan empeñada en cobrar
un retrato que ha tenido,
segun se dexa ver, dueño,
mas venturoso, que fino:
quedad con Dios, y mirad
si es que en otra cosa os sirvo.

Marc. Esperad. *Dieg.* Perdonad, que es
el estado en que me miro,
presto para pedir zelos,
y tarde para servirlos. *Vase.*

Marc. ¿A quien en el mundo, cielos,
esto habiera sucedido?

Dentro Don Juan, y Barzoque.

Juan. No me detengas, Barzoque.

Barz. El seguirle es desatino.

Juan. Vive el cielo, que te mate.

Barz. Ya es tarde. *Marc.* Ines, qué ruido
es ese? *Ines.* Al tiempo, señora,
que Don Diego se iba, vino

Don Juan. *Marc.* Qué Don Juan?

Salen Don Juan, y Barzoque.

Juan. Yo soy,
que sabré mejor decirlo;
pues somos tantos Don Juanes,
que dudas qual haya sido.

Marc. Si él viene pidiendo zelos, *ap.*
á muy buen tiempo ha venido.

Juan. Yo, pues, que llegando ahora
á Madrid, sin haber visto
mi casa, vine á la tuya:
ó mal haya amor tan fino,
y tan mal pagado amor;
quando salir della miro
un caballero, no pude
verle el rostro, ni él el mio,
porque le cogí de espaldas;

No hay cosa como callar.

seguirle, pues, determino,
para saber á qué fin
entra aqui, quando conmigo
este borracho se abraza,
y no me dexa seguirlo;
volvió la calle, de suerte,
que ya de vista perdido,
lo que no pude con él,
he de averiguar contigo.

Marc. Esto es bueno, para estar *ap.*
yo como estoy. *Barz.* Esto mismo
hacen las mozas gallegas,
entrar riñendo al principio,
porque no las riñan. *Juan.* Quien,
en ausencia mia, ha tenido
licencia de visitarte?

Marc. Mucho he de hacer, si resisto
la colera; pero importa: *ap.*
ese hombre no ha salido,
Don Juan, de mi quarto; y bien
pudíeras con otro estilo
desengañarte primero,
que entrar tan inadvertido
baraxando el alborozo
de verte. *Juan.* Quando han tenido
los zelos paciencia? *Marc.* Quando
son á tan poca luz vistos.

Juan. Siempre el que ama teme; dame
los brazos, que aunque haya sido
la satisfaccion tan tibia,
en fin, es tuya, y la estimo:
ahora te retiras? *Marc.* Sí,
porque echo menos. *Juan.* Qué? dilo.

Marc. En tu pecho la venera,
que con un retrato mio
te dí; qué es della, Don Juan?

Juan. Yo te diré que se hizo,
que si no fuera por ella,
no volviera á Madrid vivo.

Marc. Como? *Barz.* Va de enredo.

Juan. Estando
en la colina, hácia el sitio
que ocupabamos, salió
de emboscada el enemigo:
abanzamos á él,
y en el encuentro, preciso
fue el quedar yo prisionero,
que es lo mismo que cautivo.
Al Príncipe de Condé
me llevaron, y él previno,

que pues era caballero,
tratase el rescate mio,
haciendo trueque con otro
caballero muy su amigo,
que habia prendido un navarro.

Marc. Algo de eso acá se dixo.

Juan. Ahí verás tu que no miento;
dixele, que los partidos
se tratarian mejor,
volviendo á hacerlos yo mismo;
que me diese, pues, licencia,
habiendo antes recibido
homenaje de volver
á la prision, y él lo hizo,
como en prendas le dexase
banda y venera, testigos
de mi nobleza, y de que
le cumpliria lo dicho.

Hubesela de dexar,
vine al tiempo que se hizo
la rota, con que no fue
posible entonces cumplirlo:
de suerte, que tu retrato
le tiene en rescate mio
el Príncipe de Condé.

Marc. Yo pensára que habia sido
la Princesa, segun fue
la soberbia con que vino
á traerme: es aqueste
señor Don Juan? *Barz.* Jesuchristo!

Juan. Qué es esto, Barzoque? *Barz.* Es
el demonio que anda listo.

Marc. Veis qué sois un embustero?
y que encubierto y fingido,
disimulando quien sois,
habeis á Madrid venido
á ver una dama antes
de ahora? *Barz.* El diablo se lo dixo.

Marc. A esto no hay satisfaccion;
y así, de mi casa idos,
que en mi vida no he de veros.

Juan. Oye, escucha. *Marc.* No he de oiros,
hasta vengarme, Don Juan,
de vos, por los propios filos. *Vase.*

Barz. Todo se sabe, señor.

Juan. Quien puede haberselo dicho?

Barz. Tu demonio, que es, sin duda,
chismoso, sobre la-civo.

Juan. Quien será aquella muger
que contó que yo habia sido

De Don Pedro Calderon de la Barca.

el que habia vuelto encubierto,
y á Marcela se lo dixo,
callandose á mi padre?

Barz. Yo bien sé quien será. *Juan.* Dilo.

Barz. Es el diablo. *Juan.* Que te lleve,
por tan grandes desatinos.

JORNADA TERCERA.

Salen Leonor con manto, y Juana sin él.

Leon. Juana, quitame este manto,

quitame aqueste vestido

presto. *Juana.* Qué te ha sucedido,

que á casa con temor tanto

vuelves, y aun con mayor llanto

que saliste? *Leon.* No lo sé,

solo te prevengo, que

no digas, Juana (ay de mí!)

que hoy disfrazada salí,

ni un punto de aqui falté,

á nadie, y mas á mi hermano,

porque me puede costar

la vida. *Juana.* En quanto á callar,

ya sabes tu que es en vano

prevenirme, pues es llano,

que soy la primer criada

pitagorica, enseñada

solo á callar; mas de modo,

que nada en callarlo todo

hago, porque no sé nada:

y así, si quieres saber

quanto secreto hay en mí,

dame que callar, y di,

qué es lo que ha querido ser

disfrazada una muger

como tu, haber salido,

con tan humilde vestido,

en una silla alquilada,

sin criado, ni criada?

á donde, señora, has ido

desta suerte? *Leon.* Ay, Juana mia!

tanto mi mal se acrisola,

que he ido á perder una sola

esperanza, que tenia

mi grave melancolia

para poderse aliviar.

Juana. Bien me la puedes fiar.

Leon. No puedo. *Juana.* Extraño rigor

el tuyo es. *Leon.* Ya, en fin, honor,

no tenemos que esperar

remedio en nuestro cuidado; *ap.*

pues no solo hemos perdido

la ocasion, que habia ofrecido

quizá por descuido el hado,

para habernos informado

de un traidor; mas (qué rigor!)

perdido hemos (qué dolor!)

de una vez (qué tirania!)

solo un testigo que habia

de hablar en nuestro favor.

Y pues que ya la desdicha

tan deshecha sucedió,

callemos, honor, tu y yo,

que no ser de nadie dicha

una dicha, ya es desdicha:

y para obligarte á dar

el sepulcro singular

de mi pecho, á mi dolor,

honor, en trances de honor,

no hay cosa como callar.

Calle yo, y calle mi pena,

pues ignorada. *Juana.* Aunque ahora

te enojas, tengo, señora,

de darte una norabuena.

Leon. Norabuena á mí? qué agena

della, Juana, vivo yo!

Juana. D. Luis. *Leon.* Calla, y si pensó

tu voz con eso alegrarme,

el pesame puedes darme,

que la norabuena no;

que es otro acreedor á quien

mi llanto ha de graduar.

Sale D. Luis. Si el mayor gusto es llegar

uno donde quiere bien,

el mayor pesar tambien,

aunque el llegar haya sido

donde bien haya querido,

si mal alli le han tratado;

que ninguno es bien llegado

donde no es bien recibido:

qué es esto, Leonor? qué enojas

te da mi nombre al oirle,

que salen á recibirle

las lagrimas de tus ojos?

otros fueron los despojos

que mi amor imaginó

de albricias; pues siempre vió,

amor ser deuda debida

el llanto de una partida,

pero de una vuelta no.

Desde el punto que llegué,

No hay cosa como callar.

á verte á otra casa fuí;
y el breve tiempo (ay de mi!)
que en hallar esta gasté,
el mayor termino fue
de mi ausencia; ya estimára
no haberla hallado, durára
toda mi vida mi ausencia,
pues me mata hoy tu presencia,
y ella nunca me matára.

Que si llanto y brazos vi,
quando de ti me ausenté,
y sin los brazos habié
el llanto quando velví,
mejor la ausencia es: y así,
ó iguala en tan breves plazos,
Leonor, lagrimas y brazos;
ó porque yo vivir pueda,
con las lagrimas te queda,
pues te quedas con los brazos.

Leor. Señor Don Luis, mis sentidos,
si tienen hoy admirados,
los brazos tan recatados,
los ojos tan asrevidos,
de efectos tan confundidos
no tengo la culpa yo,
que si el llanto se ofreció,
y con los brazos me quedo,
es, que á ellos mandarlos puedo,
pero á las lagrimas no.
Que si en pena, en dolor tanto,
dominio en el llanto hubiera,
lo mismo, Don Luis, hiciera,
que de los brazos, del llanto:
por declarar mejor quanto
oíros he sentido, y veros,
no porque en males tan fieros
yo de quererlos dexé,
que quizá es esto, porque
nunca dexé de quererlos.

Enigma parecerá
contesar que os quiero, y ver
que el veros siento, esto es ser
confusion mi pecho ya;
y puesto que no se da
á entender, solo quisiera
que una fineza os debiera,
y es á creer obligaros,
que hago por vos en no amaros
mas, que en amaros hiciera.
Y así, os suplico, me hagais

merced de que me olvideis,
que en vuestra vida me habéis,
que jamas no me veais:
y porque no presumais
que es mudanza, sabe Dios,
que este apartarnos los dos
es constancia, y es firmeza,
y es. **Luis.** Qué? **Leon.** La mayor fineza
que yo puedo hacer por vos. *Vase.*

Luis. Si tu, divina Leonor,
enigma á tu pecho llamas;
siendo tu quien de tu pecho
hoy los secretos alcanza;
qué haré yo que los ignoro,
viendo acciones tan contrarias,
como hacer favor la pena,
y fineza la mudanza?

Juana, qué es esto? **Juana.** Qué diera
por respondertelo, Juana?

pues lo supiera. **Luis.** Tu voz
aun mas, que la suya, engaña.

Juana. Engañada me vea yo,
si tal engaño. **Luis.** Ay tirana,
no has de poder persuadirme
que otro amor desto no es causa.

Juana. Mi señor. **Luis.** Pues disimula.

Juana. Ya digo que no está en casa.
Sale Don Diego. Luis?

Luis. O amigo! **Dieg.** Los brazos
me dad. **Luis.** Y en ellos el alma,
que hasta veros, no creía
que en Madrid, D. Diego, estabas
y así, por cumplir mejor
con la ley de amistad tanta,
vine al instante á buscaros,
informado en la otra casa
de donde os habiais mudado:
y preguntandolo á Juana
por vos estaba. **Dieg.** Los cielos
os guarden, que aunque me pagan
esas finezas las que
debeis á amistad tan rara,
quedo obligado de nuevo.

Juana. Voy á decir á mi ama
como le halló aqui su hermano,
para que ella esté avisada
de decir que no le ha visto. *Vase.*

Luis. Como os dexé en la desgracia,
porque estabais retraido,
quando yo me ausenté, el ansia
de

De Don Pedro Calderon de la Barca.

de saber el fin me traxo tan puntual. *Dieg.* Ya, á Dios gracias, se acabó todo, porque sana la herida, y firmadas las paces, libre salí, solo lo que al lance falta, para que este cabal, es conocer á quien con tanta nobleza me socorrió, que aunque diligencias varias hice, nunca quien fue supe. Vos como de la jornada venís? *Luis.* Como quien se ha hallado en la mejor, la mas alta, mas heroyca, y mas lucida faccion que ha tenido España. Decid vos, qué hay en Madrid de nuevo? *Dieg.* Bien poco, ó nada. *Al paño Leo.* Temerosa que mi hermano á Don Luis en esta sala hallase, por si algo oyó, vengo á escuchar lo que hablan. *Dieg.* Todo como lo dexasteis, lo hallaréis. *Luis.* Propuesta es falsa, porque nadie que se ausenta, las cosas que dexa, halla como las dexa. *Dieg.* Por eso lo digo, que es cosa clara, que hallar mudanza un ausente, ha sido no hallar mudanza; porque no hay cosa mas firme en Madrid. *Salé Juana.* Una tapada por ti pregunta, señor. *Luis.* No quiero estorbaros nada: dadme licencia, Don Diego, y á Dios os quedad. *Dieg.* Mañana yo os buscaré, y hablaremos despacio. *Luis.* Ay Leonor tirana, qué mudanza ha sido esta? mas qué me admira, ni espanta, si quien va á decir muger, ya empieza á decir mudanza? *Vase.* *Dieg.* A donde mi hermana está? *Juana.* En su quarto retirada. *Dieg.* Pues di á esa dama que entre. *Leon.* Ver tengo quien es, que el alma rezela, no sea resulta de aquella historia pasada del retrato. *Dieg.* Quien será

quien me busca. *Sal. Mar.* Una criada vuestra. *Dieg.* Señora Marcela, tanto favor? merced tanta? vos en mi casa? *Marc.* A ella vengo á hablaros una palabra que os importa. *Leon.* Quiera el cielo no sea de mi (estoy turbada!) si acaso me siguió, y supo quien era? *Marc.* Porque obligada de vos tantas veces, no quiero parecer ingrata: no es, sino porque así espero *ap.* tomar de Don Juan venganza. *Dieg.* Pues qué mandais? *Leo.* Ella viene de todo (ay de mi!) informada. *Marc.* Yo, señor Don Diego, os debo la vida en una desgracia, y la libertad en otra, deudas bien precisas ambas, para que al precio de alguna fineza intente pagarlas: la vida, quando del coche me entrasteis en vuestra casa; la libertad, quando. *Leon.* Ay cielos! *Marc.* De vos en la mia amparada, cobré aquel retrato mio de aquella encubierta dama, que ha sido carta de ahorro de una voluntad esclava. Habiendo, pues, advertido en el retrato la causa que para no visitarme teneis; y habiendo en el alma sentido que la tengais, he intentado remediarla, con pedir os por merced, me veais en ella á quantas horas del dia quisierais; y porque disculpa no haya en el dueño del retrato, para no hacerlo, esta banda pendiente le trae, porque él mejor os satisfaga de que no tiene mas dueño: cuerdo sois, cosas pasadas, aunque disgustan, no ofenden; quedad con Dios, que esto basta. *Dieg.* Espera, hermosa Marcela, no satisfecha te vayas, persuadida á que me obligas

No hay cosa como callar.

con lo mismo que me agravias.

Yo confieso que agradezco la accion en quanto á que traigas

el retrato, por testigo

que para otro no le guardas:

pero confieso tambien,

que darle en tan rica banda,

es dadiva, y no favor;

dando á entender, que me pagas

el jornal de mis servicios,

accion en un noble baxa.

Las prendas de estimacion

no han de venir engastadas,

y quien ha de pedir zelos,

no ha de recibir alhajas.

Y asi, la banda, señora,

vuelve, porque á mí me basta

el retrato sin el oro.

Marc. Yo no tengo de llevarla.

Dieg. Yo no he de quedar con ella.

Marc. Obligaréisme á dexarla sobre esa silla. *Dexala, y vase.*

Dieg. Detente,

espera, Marcela, aguarda.

Vase tras ella, queda la banda sobre una silla, sale Leonor, y tomala.

Leon. Cielos, la venera es esta,

testigo de mi desgracia;

vuelva á mi poder, pues no

hago delito en tomarla;

que su hacienda cada uno,

donde quiera que la halla,

áa puede quitar.

Tomala, y vase, y sale Don Diego.

Dieg. No quiso

aguardar que la baxára;

llevarésla esta noche:

pero como de aqui falta?

quien la quitó desta silla?

ola?

Sale Juana. Señor? *Dieg.* Fuiste, Juana,

quien una banda de aqui

quitó? *Juana.* No, ni en esta sala

entré. *Dieg.* Pues falta de aqui.

Juana. Aquella tapada Infanta

se la llevaría, que á eso

solo vienen las tapadas

en cas de los hombres mozos.

Dieg. Esa es disculpa extremada,

si ella á darla vino. *Juana.* Pues

arrepentida de darla,

la quitaria ella misma,

que no se da mas distancia

entre el dar, y arrepentirse

de lo que da qualquier dama.

Dieg. Vive Dios, que la has tomado.

Juana. Yo soy muger muy honrada,

con un primo familiar,

y en tres años que aqui en casa

estoy, no se ha echado menos

un alfiler, ni una paja;

mírenme toda, señores.

Dieg. Tantos extremos no hagas,

que todos son contra ti,

y vive Dios.

Saca la daga.

Sale Leon. Tu la daga

para una criada? *Dieg.* Sí,

si es ladrona una criada.

Juana. Justicia del cielo; yo

ladrona? *Leon.* Pues qué te falta?

Dieg. Una banda de oro, y una

venera, que ahora estaba

sobre esta silla. *Leon.* No creas

que la haya tomado Juana.

Dieg. Pues quien pudo ser, si ella

sola entró aqui? *Leon.* Antes pensára

que yo la pude tomar,

que ella. *Jua.* El diablo lleve mi alma,

si yo la he visto, señora.

Leon. No llores por eso, calla,

y entrate allá dentro. *Juana.* Yo

ladrona? *Die.* Con esas alas. *Vas. Jua.*

tus criadas son señoras:

si no entró persona en casa,

que estaba á la puerta yo,

quien de aqui pudo quitarla

del brazo de aquesta silla? *Vuelve.*

Juana. Maldita y excomulgada

yo muera. *Leon.* Calla, te digo,

y entrate allá dentro, Juana.

Una destas mugercillas. *Vas. Juana.*

que á verte vienen. *Dieg.* Repara,

ya que lo has sabido, en que

antes la muger tapada

que aqui estuvo, me la dió,

y no queriendo tomarla,

la dexó sobre esta silla,

fuí tras ella, y mientras falta. *Vuelve.*

Juana. Pues con un sapo en la boca,

y un canto á los pechos vaya.

Leon.

De Don Pedro Calderon de la Barca.

Leon. Ya te digo, que te estés *Vas.*

allá dentro. *Dieg.* Y no, hermana, siento la banda perdida, sino un retrato que estaba en la venera. *Leon.* Pues como á ti en venera te daban retrato? nunca él se hizo para ti. *Dieg.* Es historia larga, porque yendo á visitar á aquella que desmayada yo saqué del coche. *Leon.* Bien me acuerdo. *Dieg.* La hallé empeñada en cobrar cierto retrato suyo de una oculta dama, que habia ido á darle zelos.

Leon. Qué hay mugeres en quien pasan esas cosas? *Dieg.* Viendo, pues,

que la habia hecho amenaza de que gente llamaría, yo me dispuse á ampararla, por no ser partido; en fin, dió el retrato la tapada, y yo viendo en los principios de mi amor y mi esperanza, el desengaño, me vine, si verdad te digo, hermana, despedido de serviría, no puedo decir de amarla. Ella obligada á mi trato, ó á mi termino inclinada, que si inclinaciones fueran meritos, no lo contára; me buscó, y satisfaciendo la queja, en una extremada bandilla de oro el retrato me traxo. *Leon.* No ha sido tanta la pérdida, que te obligue á los extremos, que dama que ayer á uno se le dió, y hoy te le dió á ti, mañana para otro te le pidiera; y así, que hurtado le hayan, quizá es conveniencia tuya.

Dieg. Qué buenos consuelos halla mi pena, quando por él diera la vida, y el alma!

Leon. No fuera la vez primera que tanto precio costára, pues yo las perdí por él, y por él pienso cobrarlas. *ap.*

Vanse.

Salen Don Juan, y Barzoque.

Barz. Toda la Corte está llena de que eres muy entendido, y yo en mi vida te he oido decir una cosa buena.

Juan. Por qué lo dices ahora?

Barz. Porque acabas de decir, que á ver á Marcela has de ir.

Ju. Y eso es malo? *Bar.* Quien lo ignora? porque hay mayor necedad, ni es posible, que ir á ver enojada una muger?

Juan. No hay ley en la voluntad: qué bien el Fenix de España dixo! en mi pena se infiere, que el que piensa que no quiere, el ser querido le engaña. Todo el tiempo que viví, Barzoque, correspondido de Marcela, el ser querido me engañó; nunca creí, que la amaba enamorado, hasta que probé su olvido.

Barz. Nunca ama un favorecido tanto, como un despreciado.

Juan. No es eso, sino que quien seguro el favor alcanza, creyendo á su confianza; no sabe que quiere bien, hasta que viene á faltar; é introducido el temor una vez, se ve el amor: y quien me ha metido en dar sofisticas agudezas? yo pensé que no quería á Marcela, quando via en ella tantas finezas; y hoy, que su retiro veo, la quiero, y basta querella, sin que ande á caza por ella de razones mi desto.

Barz. Y esa es la mayor, si infiero que otra el amor ha tenido, que yo olvido, porque olvido, y yo quiero, porque quiero; y así, dexada por llana, pues querer pudiste ayer, y olvidar hoy, y querer hoy, para olvidar mañana: vamos á como hablarás

No hay cosa como callar.

á muger que te cogió en tal mentira. *Juan.* Eso no es lo que yo siento mas; sino pensar, que muger que su retrato la ha dado, Barzoque, y que la ha contado el que yo la volví á ver, ya me tiene conocido.

Barz. Eso dudas? bueno fuera que el diablo no conociera á quíen tanto le ha servido.

Juan. Hasta quando aquea vana necesidad has de creer?

Barz. Hasta que la vuelva á ver en tratable carne humana.

Juan. Qué intento seria, en efecto, dime, el de aquella muger, que á Marcela hizo saber de mi venida el efecto, y su retrato la dió?

sin que á mi padre dixera nada, ni á mi verme quiera, puesto que me conoció.

Barz. Quieres pagarme, señor, todo quanto te he servido mal ó bien? pues solo pido, que no hables mas deste amor.

Vamos á ver á Marcela, aunque ella enojada esté, y aunque á uno y otro nos dé qualquiera alhaja que duela.

Y no hablemos mas en esto, que tiemblo de discurrir en ello. *Juan.* En fin, á morir estoy, Barzoque, dispuesto,

antes que consienta que Marcela, aunque la ofendí, para vengarse de mi, zelos con otro me dé.

Y aquel hombre que salia, quando á su casa llegué, me da pesar, no apuré el lance, porque creía la verdad de la disculpa;

pero habiendo visto ya que ella tan resuelta está á no hablarme, de su culpa me persuado; y así, juez he de ser de su cuidado.

Barz. Di que estás enamorado,

y acabemos de una vez.

Juan. Yalo he dicho. *Barz.* Ella, é Ines; no son aquellas dos? *Juan.* Sí.

Barz. A su casa por aqui vendrán.

Salen Marcela, é Ines con mantos.

Mar. No es D. Juan? *Ines.* Sí. *Juan.* Pues señora Marcela?

Marc. Vamos, Ines. *Juan.* Vos fuera á estas horas?

Marc. Sí, que las grandes señoras de noche nos visitamos.

Juan. De donde venís? *Marc.* No sé.

Juan. Pues yo saberlo he querido.

Marc. Una visita á hacer he ido al Principe de Condé;

y pedirle aquel retrato

que vos le dexasteis. *Juan.* Bien se venga vuestro desden.

Marc. Mas merece vuestro trato.

Juan. No es tan malo, como vos quereis que el amor le crea.

Marc. Que lo sea, ó no lo sea, importa poco á los dos;

á vos, porque una tapada, que fue quien me le dió aqui, os quiere mucho; y á mi, porque no se me da nada.

Vén, Ines. *Juan.* Barzoque, vén.

Mar. Donde vais? *Barz.* Ved lo que pasa

Juan. Y donde vos? *Marc.* Yo á mi casa

Juan. Pues yo voy allá tambien.

Marc. A qué?

Juan. A que gran groseria fuera el dexaros. *Marc.* Mirad, que uncion de la voluntad llaman á la cortesia en sus ultimos alientos.

Juan. Por eso es justo que quiera, que ya que se muere, muera con todos sus Sacramentos.

Marc. No habeis de pasar de aqui.

Juan. Tengo de hablaros, que espero desenojaros. *Marc.* No quiero desenojarme. *Juan.* Yo sí, que hecho un yerro, disculpalle es justicia, y es razon; oid mi satisfaccion.

Marc. Mirad que estais en la calle, señor Don Juan. *Juan.* Algun dia os dixé yo aqueo á vos.

Marc.

De Don Pedro Calderon de la Barca.

Marc. Baraxóse entre los dos la suerte, y llegó la mia.
Barz. Desierta la boca, y tuerta tenia un rico mercader, y un sastre acertó á tener tuerta la boca, y desierta. Buscando iba bocaci el sastre, y quando llegó al mercader, preguntó: tiene usarcerd bocasi? El, presumiendo que aquello burla era; con gran rigor dixo: boca-asi, señor, tengo; que quiere para ello? El sastre muy indignado creyó que le remedaba, y en tuertas voces le daba quejas de su desenfado. En tuertas voces tambien el mercader se ofendia, uno y otro presumia que el defecto era desden. Hasta que gente, que allí á despartirlos llegó, los dos igualmente vió que tenian boca-asi. Si entrambos de una manera tuerto el corazon teneis, si un defecto padeceis, no haya vara, ni tixerá, sino consolaos los dos uno á otro, haciendo aqui amistades ante mi, y entraos en casa con Dios.
Marc. Yo no he de entrar en la mia, si la calle no dexais.
Juan. Si en eso resuelta estais, ya se cansó mi porfia; id con Dios, que no entraré en ella en toda mi vida.
Marc. Yo voy muy agradecida á tanto favor. *Ines.* No sé, para que le dexas ir, si lo has de sentir después.
Marc. Aunque su rigor, Ines, tanto me has visto sentir, ya cesó el dolor cruel al punto que él me buscó, porque á él le buscara yo, si no me buscara él.

Vanse.

Juan. Has visto, Barzeque, igual rigor en tu vida? *Barz.* Sí; en Diocleciano leí otro, que debió ser tal como este, quando mató á un presbitero inocente.
Juan. Qué humor tan impertinente! quando estoy muriendo yo.
Barz. Ya ella á su casa ha llegado.
Juan. Si el dia, que en sombras va muriendo, alguna luz da, dos hombres dentro han entrado.
Bar. De que doy fe. *Jua.* A vistos zelos, callar, infamia seria.
Barz. Mira que no es cortesia estorbar. *Juan.* Viven los cielos, te mate. *Barz.* Mira primero que son dos. *Juan.* No somos dos nosotros? *Barz.* No, vive Dios, que yo soy humano cero.
Juan. Por Dios, que está ya la puerta cerrada. *Barz.* A creer te resuelve, que el diablo mismo se vuelve, si la halla asi. *Da golpes.*
Juan. Pues yo abierta la verá. *Barz.* Pues has de hacer tu lo que el diablo no hiciera?
Dent. D. Die. A quien de aquella manera llama, yo he de responder.
Dent. Marc. Salir no habeis.
Dent. Dieg. Como no? y mas si llaman asi, por saber que entré yo aqui: quien llama á esta puerta?
Salen Don Diego, y Enrique, y Marcella se queda al paño.
Juan. Yo, que á saber vengo quien es quien tanta licencia tiene, que aqui de visita viene.
Marc. Baja unas luces, Ines.
Dieg. No las baxes, que si ha sido su intento saber quien soy, yo asi la respuesta doy.
Juan. Y e lo que yo he pretendido. *Sacan las espadas, y riñen.*
Marc. Ay de mi infeliz! *Barz.* Qué diera yo, porque alguno llegara!
Enr. Muerto soy. *Dieg.* Desdicha rara!
Dent Jus. Llegad todos. *Jua.* Pena fiera!

Sa-

No hay cosa como callar.

Salen Aguaciles.

Alg. 2. La justicia. *Barz.* Huye, señor. *Juan.* Fuerza es, habiendo uno herido, y la justicia venido.

Barz. A ver qual corre mejor.

Escr. Seguid aquel, que aquel fue, pues que corre, el delinquente.

Vanse los dos, y siguelos la Justicia.

Dieg. Yo he de alcanzarle. *Mar.* Detente, Don Diego. *Die.* Suelta. *Mar.* Porque, habiendo un muerto ó herido á estos umbrales, dexar á una muger, es faltar á quien eres. *Dieg.* Atrevido te pondré en salvo, despues que haya, Marcela, vengado la muerte de ese criado.

Marc. Contigo he de ir, que no es justo que yo quede aquí á una violencia dispuesta; ay Don Juan, lo que me cuesta *ap.* querer vengarme de ti.

Vanse, y salen Don Luis, y Juana.

Luis. Juana, esto has de hacer por mí.

Juana. Sí hiciera, mas no me atrevo, que es cruel su condicion.

Luis. Solamente hablarla intento, por apurar de una vez de aquel enigma el secreto: Vé presto, avisala, Juana.

Juana. No es posible que yo á eso me atreva sin una industria.

Luis. Qual ha de ser? *Jua.* Ya la pienso: vé á dar por ahí una vuelta, que estarte en la calle quedo, podrá ser que se repare.

Yo me dexaré ahora abierto este quarto, y me estaré con ella en el suyo, haciendo la deshecha; tu podrás

entrarte entonces resuelto á hablarla, y yo disculparme con que no sé nada, siendo un descuido el que me riña, y no una traicion. *Luis.* Tu ingenio lo ha trazado bien; yo voy.

Juana. Y yo lo tendré dispuesto.

Luis. Saber tengo como vienen juntos favor y desprecio. *Vase.*

Juana. Ve aquí por lo que no puede

hacer una en este tiempo una obra buena: no habia siquiera un diamante viejo, con que decir: toma, Juana, mas ya el dante no hace versos.

Sale Leon. Con quien hablabas?

Juana. Conmigo, señora, que tambien tengo yo mi dón de soliloquios.

Leon. Trae luces. *Juana.* Allí las dexo, y ya están aquí. *Leon.* Qué hablabas?

Juana. Estaba un discurso haciendo sobre quien seria el ladron de aquella banda, en mal fuego de San Anton vea la mano abrasada. *Leon.* Quedo, quedo, Juana, que las maldiciones para nada son remedio.

Dent. Alg. Por aquí fue.

Uno dent. En esta vuelta se perdió. *Leon.* Qué será aquello?

Juana. Ruido en la calle, señora.

Leon. Abiertas las puertas veo, qué es esto, Juana? *Jua.* Un descuido.

Salen Don Juan, y Barzoque.

Juan. Pues correr mas no podemos, ni resistirnos de tantos, como nos siguen, y abierto está aquí, Barzoque, aquí nos entremos. *Leon.* Qué es aquesto?

Juana. Un desdichado es, señora.

Barz. No son, sino dos. *Juan.* Qué veo!

Barz. Jesuchristo! *Leon.* Proseguid.

Juan. No podré, porque estoy muerto.

Juana. Si ahora se entra Don Luis, buena hacienda habemos hecho.

Leon. Qué ha sido? *Juan.* No tengo vida.

Leon. Hablad. *Juan.* Faltame el aliento.

Barz. Disimula tu, pues ella

disimula. *Juan.* Ya lo intento:

un gran disgusto dos calles

de aquí he tenido, sospecho

que queda un hombre (no sé

lo que digo!) herido ó muerto,

de la Justicia seguido

(mortal estoy!) venia huyendo,

quando, al volver desta calle,

ví luz, y.

Dent. D. Dieg. Entrad aquí dentro, que en quedendo vos en salvo,

De Don Pedro Calderon de la Barca.

- le buscaré. *Marc. dent.* Muerta vengo!
- Juan.* Estos son los que me siguen.
- Leon.* Retiraos á ese aposento, que yo les diré que aqui no entrasteis, que daros debo favor, ya que por sagrado mi casa tomasteis. *Juan.* Cielos, de un peligro he dado en otro.
- Barz.* Yo, y todo. *Escondense los dos.*
Salen Don Diego, y Marcela.
- Dieg.* Hermana? *Leon.* Qué es esto?
- Dieg.* Desdichas mías, que apenas hoy libre de una me veo, quando he tropezado en otra; mal herido á Enrique dexo, sin haber podido dar muerte al agresor, que huyendo se escapó por esta misma calle. *Juana.* Si es el que tenemos?
- Leon.* Calla, Juana, que no es bien añadir empeño á empeño.
- Barz.* Hermano dixo. *Juan.* Sin duda nos descubre. *Dieg.* Y en efecto, como es siempre obligacion de un noble en qualquier empeño la dama, aqui la he traído, tenla aqui, mientras yo vuelvo, asi por cuidar de Enrique, como por mirar si puedo vengarle: Marcela, ya en salvo estás. *Marc.* Deteneos.
- Leon.* No salgas, señor. *Dieg.* Dexadme.
- Salen D. Luis.* Déme amor atrevimiento para llegar: mas qué miro!
- Dieg.* Quien va? quien es?
- Luis.* Yo, Don Diego.
- Dieg.* Don Luis? *Luis.* Sí.
- Dieg.* Pues á estas horas aqui? *Luis.* Dadme industria, cielo, que me disculpe. *Juan.* Don Luis aquel es. *Luis.* Buscandoos vengo, porque en la conversacion se dixo ahora del juego, que habiais tenido un disgusto: decir que allá lo dixeran *ap.* es disculpa sin peligro.
- Dieg.* Ya se supo allá tan presto?
- Luis.* Sí; qué ha sido? *Dieg.* Pues habeis venido aqui á tan buen tiempo, venid conmigo, que allá
- lo sabreis.
- Luis.* Siempre fui vuestro. *Vase.*
- Juan.* Hasta las mentiras tienen buena ó mala estrella. *Leon.* Cielos, qué es lo que pasa por mí! escondido un hombre tengo, en quien concurren las señas del habito de su pecho, y el ser de Marcela amante, pues por ella ha sido el riesgo: apuremos de una vez al vaso todo el veneno.
- Juan.* Has visto, Barzoque, igual lance en tu vida? *Barz.* No cierto.
- Juan.* En casa estoy de una dama, á quien ofendida tengo, enemigo de su hermano, y la causa de todo esto, que es Marcela, por testigo.
- Leon.* Decidme vos, qué suceso ha sido este? *Marc.* De turbada, no os he hablado en tanto tiempo: estando ahora en mi casa vuestro hermano, un caballero, á quien ha dias que di la libertad de mi pecho, llamó con zelosos golpes, que no saben llamar quedo; salió Don Diego á la calle, y sucedió todo esto que él ha contado: la causa de tan infeliz suceso, aunque he sido yo, no he sido yo sola. *Leon.* Pues quien en ello tuvo mas parte? *Marc.* Una dama, que abraze un rayo del cielo.
- Leon.* Buena ando yo en maldiciones.
- Marc.* Que á mi casa á pedir zelos con un retrato, que yo le di á aquel ingrato mesmo, fue, yo ofendida intenté vengarme de su desprecio.
- Leon.* Y él quien es? *Marc.* El es D. Juan de Mendoza, de Don Pedro de Mendoza hijo; así fuera leal, como es caballero, constante, como es ilustre.
- Barz.* Ya me holgára, segun pienso, que fuera diablo, y no dama.
- Leon.* Ya, honor, todo lo sabemos, *ap.*

No hay cosa como callar.

pues solo quien hijo fuera de Don Pedro, entrara dentro de aquel quarto aquella noche; qué he de hacer? si aqui le tengo, podrá mi hermano venir, y no es remediar el riesgo; si le dexo ir, no tendré ocasion, como ahora tengo, para vengarme despues: mas qué es vengarme? que en esto mi honor no pide venganza; en esto, al fin me resuelvo: Marcela, aqui no estais bien, retiraos allí dentro, que si alguien viene, mejor es que yo esté sola. *Marc.* Eso quise suplicaros. *Leon.* Juana, vé con ella, y ni un momento te apartes della. *Juan.* No haré.

Marc. Fortuna, qué ha de ser esto! *Vas.*

Leon. Llevemos por bien el daño en los principios, y luego, si no basta, honor, muramos.

Juan. En gran peligro estoy puesto.

Barz. Pues que sola ella ha quedado, sal ahora. *Juan.* Eso resuelvo: salgamos de aqui una vez.

Barz. Dices bien. *Salen los dos.*

Juan. Yo os agradezco la vida, que me habeis dado: quedad con Dios. *Leon.* Deteneos, que aunque deseo que os vais, tambien que no os vais deseo.

Barz. Pues á mi no me detienen, saldré á la calle, y corriendo iré á avisar á mi amo del lance en que á D. Juan dexo. *Vas.*

Juan. Quanto quisiereis decirme oír despues, que no es tiempo ahora. *Leon.* Si es, por si despues no hay ocasion. *Juan.* Decid presto.

Leon. Sabéis quien soy? *Juan.* Sé, que sois una deidad, á quien debo la vida en esta ocasion.

Leon. Y no me debéis mas que eso?

Juan. No, porque aunque en mi memoria varios discursos revuelvo, y algo quiera confesar, bien á negarlo me atrevo, pues un testigo, que solo

podeis tener, ya no es vuestro.

Leon. Si es, Don Juan, que esta venera, y retrato yo le tengo.

Juan. Donde iré yo, que no halle aquesta venera, cielos?

Leon. Fuera de que el cielo mismo.

Juan. Quanto á decir vais entiendo.

Leon. Pues señor Don Juan, que os deis por entendido agradezco, ahorrandome la verguenza, para haceros un acuerdo.

La vida vuestra, y mi honor en dos balanzas á un tiempo puestas estan; pues yo mro por vuestra vida en tal riesgo, mirad por el honor mio, vos igualmente: advirtiendo, que soy muger que pudiera vengarme, y que no me vengo, porque á escandalo no pase lo que hasta aqui fue silencio.

Yo no soy muger, que andar tengo con mi honor en pleyto; yo no tengo de dar parte á mi hermano, ni á mis deudos.

Yo soy muger, finalmente, que moriré de un secreto, por no vivir de una voz, que en fin hablar no es remedio; vida y honor me debeis, pues dos deudas son, bien puedo pedir dos satisficciones;

una solamente quiero, y es, que si á pagarlo todo no os disponeis, noble y cuerdo pagueis la parte en callarlo, que una clausura, un convento sabrá sepulharne viva: quedandome por consuelo solamente, que cayó mi desdicha en vuestro pecho.

Con esto, idos, no mi hermano vuelva, donde solo temo un lance que á hablar me obligue, siendo mi honor mi silencio.

Juan. Vuestra cordura, señora, vuestro gran entendimiento, el mayor consuelo hallaron en callar, y yo os lo ofrezco, porque no puedo ofrecer

mas

De Don Pedro Calderon de la Barca.

mas; que claro es que no tengo de casarme, porque pude hallaros en mi aposento una noche, habiendo sido quizá causa del suceso, que á dexar os obligó vuestra casa. *Leon.* Deteneos, no digais mas, que en pensarlo miente vuestro pensamiento: que el honor que me debeis, tan terso y claro.

Salen Don Diego, y Don Luis.

Dieg. Qué es esto?

Juan. Ha, quien pudiera encubrirse!

Leon. Otra desdicha? otro aprieto?

Dieg. Hombre embozado en mi casa?

Luis. Hombre con Leonor riñendo?

Dieg. Que aguardo, que no le doy muerte? *Juan.* No temais, primero moriré yo, que os ofendan.

Luis. A vuestro lado estoy puesto; cumpliendo con la de amigo *ap.* la obligacion de mis zelos.

Juan. Don Luis, mirad que soy yo con quien reñis; y si vuestro valor, por venir con él, os obliga á que á Don Diego, que á mi me debe la vida, si de otra ocasion me acuerdo, valgais, primero acreedor soy yo de vuestros esfuerzos; pues de algun suceso mio parte os he dado primero; y quien lo fió de vos entonces, ya os hizo empeño de que la valgais ahora.

Dieg. Qué es lo que miro! *Luis.* Qué veo!

Dieg. Este es quien me dió la vida?

Luis. D. Juan es el que me ha muerto? qué he de hacer en tan extraño lance de amistad y zelos, de amor y honor?

Salen Marcela, y Juana.

Marc. Nuevo ruido

hay, qué será? *Dieg.* Caballero, yo confieso que me disteis la vida, y que yo os la debo; pero nadie pagar debe mas, que recibió: con esto os digo, que si os hallára

hoy en ocasion que hácerlo pudiera, mi misma vida os diera; pero no es precio para una vida un honor, y aqueste yo no os le debo: en mi casa os he hallado, y he de saber á qué efecto entráis en ella á estas horas.

Juan. Aunque no es ley de buen duelo dar, con la espada en la mano, satisfaccion, darla quiero, que donde honor es lo mas, todo lo demas es menos.

Con quien en cas de Marcela reñiteis soy yo; de aquesto testigo es Marcela misma; en esta casa entré huyendo de la Justicia. *Dieg.* Aunque sea eso verdad, que lo creo porque vos lo decís, yo no me doy por satisfecho, que entrarse á amparar un hombre, no es entrarse á hacer extremos, que obliguen á una muger á decir, que es puro y terso el honor que la debeis.

Luis. Decís bien, y con vos vengo; sin matarle no cumplis: por matarle yo le aliento. *ap.*

Juan. Es eso haberos yo dicho mi secreto? *Luis.* Sí, y por eso á Don Diego he de amparar.

Salen Don Pedro, y Barzoque.

Ped. Donde quedó?

Barz. Aquí. *Ped.* Entra dentro: Don Juan, á tu lado estoy.

Juan. Ya contigo nada temo.

Marc. Qué pena! *Leon.* Qué confusion!

Juana. En qué ha de parar aquesto?

Ped. Caballeros, yo y mi hijo hemos de salir resueltos, si se nos pone delante todo el mundo: aunque primero quisiera saber, qué causa ha dado para un extremo tan grande, como obligaros, siendo los dos caballeros, á que vos riñais con él encerrados; porque pienso, segun ese criado ha dicho,

No hay cosa como callar.

que ha sido acaso el suceso;
y por sucesos acaso
no riñen ilustres pechos
con uno en su misma casa,
entre mugeres, habiendo
campo: dos á dos estamos,
hagamos cabal el duelo.

Dieg. Señor Don Pedro, que sea
vuestro hijo ese caballero,
con ser vos, á quien mi hermana,
y yo obligacion tenemos,
y que vos querais hacer
desafio cuerpo á cuerpo,
no es bastante á dexar yo
de darle la muerte, habiendo
sido el hallarle embozado
en mi casa. *Ped.* Si él huyendo
de la Justicia entró aqui,
ya vos no reñís por eso,
sino por la primer causa;
y esta mas debiera es cierto,
remitirse, quando en vuestra
casa le hallais, si es que infiero,
que haberla tomado él
por sagrado, habia de haceros,
que al que allá fuera matárais,
le amparárais aqui dentro.

Dieg. Hay mas causas, que Leonor
mi hermana es. *Leon.* Yo diré eso,
que aunque el silencio adore,
ya no es deidad el silencio;
que hablar en tiempo es virtud,
si es vicio el hablar sin tiempo;
y no solo, si me ois,
vos habeis de defenderlo,
pero aun contra vuestro hijo
habeis de ser. *Ped.* Como puedo?

Leon. Os acordais?

Ped. De qué? *Leon.* De una
palabra? *Ped.* Sí, bien me acuerdo,
y dará muerte á Don Juan,
puesto al lado de Don Diego,
como importe á vuestro honor.

Leon. Pues estad todos atentos:

Aquella infelice noche
que hubo en mi casa un incendio,
y que por estar ea frente.

Juan. Ténte, aguarda, que no quiero
saber mas; porque si yo
cobarde estuve, temiendo
la ocasion que alli te tuvo,
ya la sé; y asi pretendo,
que ninguno sepa mas
que yo: todo ese suceso,
ni mi padre, ni tu hermano,
ni ninguno ha de saberlo,
porque si en trances de honor
dice un discreto proverbio,
no hay cosa como callar,
de lo que hablé me arrepiento,
y no quiero saber mas,
pues que no puedo hacer menos:
Esta es mi mano, Leonor.

Luis. Supuesto que á Leonor pierdo,
y ya es muger de un amigo,
callemos, zelos, que en esto
no hay cosa como callar.

Dieg. No alcanzo nada al secreto;
mas pues está remediado
mi honor, que es lo que pretendo,
no hay cosa como callar.

Ped. Yo he pagado lo que debo,
Leonor, á mi obligacion.

Marc. Y yo escarmentada, viendo
casado á Don Juan, callar
solo ha de ser mi consuelo.

Barz. Cada uno á su negocio
está solamente atento,
olvidados de un criado,
que está herido; porque desto
se saque quan malo es
ser criado pendenciero:
y pues que yo soy criado
de paz solamente, os ruego,
que considereis, señeres,
que de los yerros ajenos,
no hay cosa como callar;
y asi, perdonad los nuestros.

FIN.

Con Licencia. BARCELONA. POR FRANCISCO SURIA Y BURGADA, Impresor,
calle de la Paja.

A costas de la Compañia.